

LA MAQUINA DE LA VIDA

LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

La máquina de la vida

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

Depósito Legal B 16894-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando a Mervyn Hennis le anunciaron que cierta persona deseaba verle, no se lo quería creer.

—Es una fantástica mentira —dijo al enviado de aquella persona.

—Le aseguro que el mensaje es auténtico, señor Hennis. ¿O prefiere que le llame capitán?

Hennis remoloneó.

—La cosa está en discusión —respondió.

—Con malas perspectivas para usted, ¿no es cierto?

—Yo sólo me limité a rescatar unos náufragos en el espacio, señor Uldare —se disculpó Hennis.

—Uno de los cuales era la señora DeSoto, con quien y en contra de todas las reglas y no sólo especiales, sino de la moral y el decoro, sostuvo usted un cálido romance que fue la comidilla de cuantos viajaban a bordo de su nave.

—Habría mucho que discutir sobre el particular, señor Uldare. Seguro que usted conoce el episodio de José y la mujer de Putifar.

—Vamos, vamos, capitán —dijo el visitante con sorna—, no se haga ahora el casto José. Todo el que le conoce a usted sabe de su incurable afición al bello sexo… y la señora DeSoto, preciso es reconocerlo, es una de las mujeres más hermosas del mundo.

—Hermosa y casquivana, amigo mío. Y, lo crea o no, fue una reedición de ese episodio bíblico. Sólo que yo, a última hora, cedí.

—Sin grandes esfuerzos, me imagino.

—Pues se imagina usted mal, porque resistí todo lo que pude… pero, ¿qué sucede cuando el atacante pone sitio a una plaza con

todo su empeño? Los Sitiados se rinden, ¿no?

Uldare sonrió.

—Es posible que tenga usted razón, capitán —admitió.

—La tengo —gruñó Hennis—. Y creo que es inicuo lo que están haciendo conmigo. Si ella hubiera sido una pasajera cualquiera, no tendría yo ahora mi patente de capitán de astronave en entredicho.

—Vaya a ver a mi jefe, capitán. Le conviene.

—Me recibirá a tiros.

—La señora DeSoto ya no es tal señora —respondió Uldare intencionadamente.

—Ah, le dio el pasaporte su esposo.

—Sí, capitán.

—Bueno, en medio de todo y descontando que fuese yo el protagonista, ella tenía razón, ¡qué diablos! Él tiene más años que Matusalén… y ella podría ser su biznieta. ¿Qué le pasa a una mujer joven cuando se siente sola y desea afecto y comprensión?

—¡Hum! —exclamó Uldare sarcásticamente—. ¿Acudirá a la cita, capitán?

—Me gustaría saber antes cuál es el motivo de la llamada —manifestó Hennis.

—Le aseguro que yo también lo ignoro. Sólo le diré que de esa visita pueden salir grandes beneficios para usted.

Hennis suspiró.

—Es usted tan terco como Melania DeSoto —comparó—. Está bien, iré. ¿A qué hora?

—¿Las seis de la tarde?

—O. K., señor Uldare.

El visitante se marchó. Mervyn Hennis se miró al espejo.

—No estoy mal todavía —dijo, satisfecho de su apostura física. Iba camino de los cuarenta años, pero, con la alimentación especial y la dieta retardadora del paso del tiempo, aparentaba fácilmente doce menos.

El vigor correspondía también a dicha edad aparente. Ni siquiera se veía una sola hebra gris en sus sienes.

—A los cien años, tendré el aspecto de un hombre de sesenta —murmuró.

Luego se acercó al videófono. Tenía una cita que cancelar.

Ella se mostró decepcionada primero y colérica después. Cuando

empezó a decir que Hennis la dejaba por otra y que era un tal y un cual, Hennis cerró el contacto.

—Ciertamente, si no fuese porque DeSoto puede hacer que mi juicio resulte satisfactorio, quien se iba a ir al diablo sería él y no yo —masculló.

* * *

Los dos hombres se contemplaron fijamente. William DeSoto estaba hundido en un sillón de ruedas, cubierto con una manta de medio cuerpo para abajo. Tenía el rostro tan arrugado como una pasa y su piel parecía pergamino requemado.

Algunos decían que DeSoto tenía doscientos años. La cifra exacta era medio siglo menos.

Su médico particular estaba en pie, junto al sillón. Era un sujeto de unos sesenta años temporales y cuarenta y tantos físicos.

—A decir verdad, no creí que usted acudiera a mi llamada, capitán —habló DeSoto.

—Se puede decir que no tengo otro remedio —sonrió Hennis—. ¿Quién osaría discutir una orden del todopoderoso William DeSoto?

El anciano sonrió. Agitó una mano, de dedos sarmentosos, y dijo:

—Doctor, déjenos solos.

—Sí, señor —contestó el médico—. Capitán, no le fatigue mucho. Necesita descanso.

—Lo tendré en cuenta, doctor —respondió el visitante.

Hennis señaló una mesita.

—Sírvase a su gusto, capitán —indicó.

—Gracias, señor.

Hennis eligió un buen escocés. Mientras vertía el whisky en el vaso, DeSoto volvió a hablar:

—De modo que usted opina que soy todopoderoso, capitán.

—Verá, señor. Para llegar hasta usted, he tenido que atravesar más controles y barreras que los que aíslan al presidente del planeta.

—Mi vida está siempre en peligro. Tengo muchos enemigos —se disculpó el anciano.

—Además, conozco su fama. —Hennis se volvió hacia DeSoto—.

Unos dicen que el planeta es suyo. Son los exagerados, claro.

—¿Qué dicen los moderados? —sonrió DeSoto.

—Pues que sólo posee usted cuatro o cinco naciones, dicho en el sentido literal de la palabra, además de numerosos intereses en otras muchas que, prácticamente, le convierten en arbitro de sus destinos. En fin, que es el amo de medio mundo.

—Todavía hay algo de exageración, joven.

—Bueno, la verdad es que si se pudieran juntar todos los hombres ricos de cierta importancia que han vivido en el planeta, desde que los fenicios inventaron el dinero, usted sería aún más rico que todos ellos reunidos.

—Siguen las exageraciones, pero no discutiremos, Mervyn. ¿Me permite que le llame así, muchacho?

Hennis hizo un gesto con la mano que sostenía el vaso.

—Es usted muy dueño —accedió.

DeSoto le miró de arriba abajo.

—¿Qué pasó con mi espo… con mi ex esposa, capitán?

—¿No le han informado sus esbirros?

—Quiero escuchar su versión, Mervyn.

—¿Sincera?

—Totalmente sincera.

—No era una buena chica, aunque, a decir verdad, había pasado bastantes apuros en el espacio y eso produce luego una lógica reacción, que se desahoga según las personas y las circunstancias. Además, es preciso tener en cuenta las diferencias de edades. Usted me dijo que fuera sincero, señor —agregó Hennis prudentemente.

—Se lo agradezco, Mervyn, y no se lo reprocho, porque, en su lugar, yo habría obrado exactamente igual. —DeSoto sonrió de un modo extraño—. Le veo a usted y me contemplo con cien o ciento veinte años menos, fuerte, seguro de mí mismo, arrollando todo lo que se me ponía por delante… Entonces sí que me sentía dueño de todo el mundo. Ahora, ¿qué tengo, Mervyn? Años y dinero… y la perspectiva de una muerte a corto plazo.

—Su aspecto no es tan malo, señor —dijo Hennis.

—Sí, pero los años pesan, muchacho. ¿Ha oído hablar de Radenor? —preguntó DeSoto repentinamente.

Hennis frunció el ceño.

—¿Por qué menciona usted a Radenor? —preguntó.

—Conoce ese planeta, claro.

—Estuve una vez allí. Pero no volvería ni por todo el oro del mundo.

—Se equivoca, Mervyn. Ahora volverá… para hacerme a mí un favor.

Hennis dejó el vaso sobre una mesa, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

Treinta segundos más tarde, entraba de nuevo en la estancia, sostenido en vilo por dos gigantescos individuos, ninguno de los cuales pesaba menos de ciento veinticinco kilos ni medía menos de dos metros veinte centímetros.

—Soltadle, muchachos —ordenó DeSoto—. El capitán Hennis va a ser buena persona desde ahora y continuará la conversación conmigo sin más inconvenientes.

Los «gorilas» se marcharon. Hennis y el anciano quedaron de nuevo frente a frente.

—Usted me quiere mal, señor —se quejó Hennis—. Usted lo que intenta es desquitarse por lo que pasó entre Melania y yo.

—No sea bobo, muchacho. Melania ya no significa nada para mí. En cambio, usted significa más, infinitamente más. Estuvo en Radenor, lo ha admitido.

—Sí, y no quiero volver, porque aquel planeta es un mundo salvaje, con el que, en comparación, las famosas ciudades del Far West americano eran conventos de clausura. No se puede dar un paso sin tropezarte con dos tipos que están sosteniendo un duelo a muerte. Y uno de los dos muere siempre.

—Pero a usted no le pasó nada de eso, ¿verdad?

—Porque, excepcionalmente, nos aplicaron el estatuto de extranjeros. Pero esa excepción dura solamente dos semanas. Pasado ese plazo, el forastero se convierte automáticamente en radenoriano.

—Y usted no tiene ganas de que le decapiten de un sablazo o le metan una ráfaga de ametralladora en las tripas.

—¿A quién, que no sea de Radenor, puede gustarle una cosa semejante? —respondió Hennis en tono malhumorado—. Si volviese allí, se me contarían los diez días que pasé antes y, a los cuatro, ya sería ciudadano de Radenor. Imagino que la misión que usted quiere asignarme necesitará más días, ¿no es verdad?

—Así es —confirmó DeSoto.

—Pero, bueno, ¿en qué consiste esa misión?

—Quiero que me traiga de allí una máquina de resucitar, Mervyn.

CAPÍTULO II

Hennis abrió la boca un palmo. «¿He oído bien?», se preguntó.

DeSoto sonreía extrañamente.

—Le suena a chifladura, ¿no? —dijo.

—Hombre, usted verá… Es la primera vez que oigo un… un…

—Dígalo con toda claridad, muchacho. Un disparate.

—Sí —rezongó Hennis.

Y se volvió para servirse otra dosis de escocés, pues lo estaba necesitando.

—Señor DeSoto —dijo, mientras inclinaba la botella—, estuve en Radenor diez días y en todo aquel tiempo jamás escuché nada acerca de una máquina de resucitar.

—Naturalmente, como que es uno de los secretos más guardados de Radenor.

—Para usted no lo ha sido, estoy viendo.

—Llegó a mis oídos por casualidad y lo hice confirmar. Me costó dinero, pero valía la pena.

—La máquina de resucitar existe.

—Mervyn, piense un poco —dijo DeSoto—. ¿Por qué sostienen tantos duelos los radenorianos? ¿Por qué no les importa morir? Sencillamente, porque esa máquina les devuelve a la vida a las pocas horas de su fallecimiento, ¿comprende?

—Sí, pero no entiendo bien lo de los duelos…

—Es un pretexto para matar el hastío. Allí se aburren como ostras, Mervyn. Si una ostra fuese un ser humano, sería el campeón del jolgorio, comparado con un radenoriano.

—Solución: un duelo para divertirse.

—Exactamente.

—Señor DeSoto, a mí no me hace ninguna gracia enzarzarme en un duelo y que me lleven a la máquina de resucitar.

—Lo sé, pero tiene que intentarlo, muchacho. Hágalo por mí. Quiero que me resuciten cuando muera. ¿Me entiende ahora?

Hennis asintió.

Contempló a DeSoto. El anciano se agarraba desesperadamente a la vida.

Los más costosos tratamientos médicos no podrían prolongar su existencia más allá de media docena de años. DeSoto lo sabía y quería estar preparado para cuando llegase ese momento.

—Traiga la máquina de resucitar y le daré cuanto me pida —agregó el anciano—. Nada me parecerá suficiente como recompensa, muchacho.

—Sí, pero…

—¿De qué duda ahora, Mervyn?

—Bueno, imagino que los radenorianos no se sentirán muy satisfechos de que yo me traiga para acá uno de esos artefactos.

—Mervyn, no me importa cómo lo consiga ni lo que consiga. Lo mismo puede traerse la máquina que los planos o la patente para explotarla en el Sistema Solar. El dinero no importa, repito.

—¡El dinero! —suspiró Mervyn—. En pleno siglo XXII, los hombres siguen pensando en una cosa tan prosaica.

—Sí, y eso pasa en todos los planetas poblados por seres como nosotros —contestó DeSoto con vehemencia—. También los radenorianos son sensibles al tintineo de las monedas. Soborna, corrompe, cubre de oro a cuantos necesites, pero tráete la máquina. —Ya le tuteaba en el calor de la discusión.

—En Radenor no hay bancos terrestres. No se consiguen empleados, porque no quieren morir a los catorce días.

—Funda tú el Banco Comercial Terradenor, por ejemplo, para el intercambio con la Tierra. Te daré todas las garantías que quieras y dinero terrestre en abundancia. Busca empleados nativos, organiza todo aquello… y consigue la máquina de resucitar.

Hennis meneó la cabeza.

—No —dijo—. Lo haré a mi gusto, sin necesidad de tantas complicaciones.

—Tienes libertad absoluta de acción. No te regatearé nada, repito.

Hennis apuntó al anciano con el dedo índice.

—¿Qué hay de mi patente de capitán?

DeSoto sonrió. Alargó la mano, tomó un sobre y se lo arrojó al vuelo.

—Ahí la tienes —dijo—. Rehabilitado con todos los honores.

—Usted sabía que yo aceptaría —dijo Hennis, mirándole de soslayo.

—Sí. Por dos razones.

—¿Cuáles, si pueden saberse?

—Una, el gusto por la aventura. Otra, las radenorianas tienen fama de ser tan hermosas como poco esquivas.

Hennis suspiró.

—Oyéndole hablar a usted, se comprende que haya llegado a ser el amo de medio mundo —dijo.

—Cuando tenía tus años, el mundo entero era mío —contestó el anciano, con una agridulce metáfora.

El doctor Trevius entró en aquel momento.

—Por favor, capitán; el señor DeSoto debe descansar —indicó.

—Ya me iba —contestó Hennis—. Volveré a verle cuando tenga todo listo, señor.

—En el Banco Intersolar tienes ya una cuenta sin límite, abierta a tu nombre —le despidió el anciano.

* * *

Hennis tenía un buen amigo, llamado Gary Kesron, veinte años mayor que él, y que había recorrido todos los planetas conocidos y hasta algunos aún por conocer. Como deseaba recoger informes por otro conducto, se dedicó a buscar a Kesron, hasta que lo encontró, pegado a una rubia metidita en carnes, escote generoso y sonrisa incitante. Kesron y la rubia, a su vez, estaban sentados ante un mostrador.

—Quiero hablar contigo, Gary —manifestó Hennis, después de los primeros saludos.

—¿A solas, Mervyn?

—Sí.

Kesron empujó suavemente a la rubia.

—Vuelve dentro de un rato, Nellie —indicó. La rubia se alejó. Hennis pidió dos copas.

—¿Y bien, Mervyn? —dijo Kesron.

—Gary, tú has viajado por donde nadie lo ha hecho todavía…

—Tú llevas camino de igualar mi marca —dijo el otro riendo.

—Sí, pero aún hay diferencia entre nosotros. Claro que del planeta que te quiero hablar ya sé algo, porque he estado en él, pero tú te has movido más que yo por aquellas latitudes y oído muchas cosas.

—¿A qué planeta se refieres, Mervyn?

—Radenor.

Hubo una interrupción en el diálogo. Kesron apuró su copa de un trago.

—Mal país —calificó.

—Lo sé, Gary.

—¿Vuelves allí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo estuviste la última vez?

—Diez días. Ya sé que sólo me quedan cuatro para adquirir automáticamente la ciudadanía radenoriana, con lo que entonces tendré que aceptar el reto que me lance el primer salvaje que me salga al paso.

—Sí, lo sé —contestó Kesron—. Por eso no vuelvo allí; tengo agotado mi cupo de tiempo de extranjería y quiero mucho mi pellejo. Es una lástima Mervyn; si no fuese por esa ley estúpida, en Radenor se harían magníficos negocios. Pero, dime, ¿por qué diablos quieres volver a aquel planeta de locos?

—Para un negocio, claro. ¿Has oído hablar de la máquina de resucitar?

Kesron miró, asombrado, a su amigo.

—Sí, he oído hablar, Mervyn. ¿Sólo por eso vas allí?

—Es un… favor que me han pedido. Pero ¿qué hay de la máquina de resucitar?

—Dicen que es cierto que existe, pero yo no la he visto en funcionamiento. Tampoco quise probarla.

—¿Cómo?

—Un amigo radenoriano me propuso un duelo. Yo podía

aceptarlo, aun siendo extranjero, pero, caso de haber muerto, me habrían llevado a la máquina igualmente para devolverme a la vida.

—Y no aceptaste.

—¿Me tomas por loco? Al decimotercero día de mi estancia en Radenor, subí a mi nave y me largué de allí. Juré no volver jamás.

—En cambio, yo iré, Gary. Pero, dime, ¿crees o no que existe esa máquina?

Kesron se encogió de hombros.

—Repito que he oído hablar de ella, pero no la he visto —contestó.

—Tú conoces Radenia, la capital. ¿Sabes, al menos, dónde está la máquina?

Kesron enseñó las palmas vacías de sus manos.

—Ni idea —contestó.

Hennis se sintió repentinamente desanimado.

La cosa no empezaba bien, se dijo. Pero sentía una viva curiosidad por ver aquella maravillosa máquina que devolvía la vida a los muertos.

Además, DeSoto le había caído simpático. La gente hablaba pestes de él, pero era porque no le conocían bien.

Palmeó los hombros de su amigo.

—Gracias, Gary —dijo.

Y ya iba a marcharse, cuando, en aquel momento, una hermosa mujer entró en el local.

Hennis se sintió atraído en el acto por la singular belleza de la joven, de tez ligeramente tostada y pelo negro como el ala del cuervo. Ella vestía con sobria elegancia y cierto recato, en contraste con el abierto desenfado en la indumentaria de otras mujeres jóvenes y bonitas.

—¿Te gusta? —sonrió Kesron.

—Es muy hermosa. Y su cara me parece conocida. ¿Quién es, Gary?

—Se llama Circe Wolff. Tiene una de las mejores tiendas de modas de la ciudad.

—Ah, una chica emprendedora.

—Indudablemente. Pero no es como Melania DeSoto.

—No me hables de ella —refunfuñó Hennis—. Bueno, gracias por todo y hasta otra.

—Suerte en Radenor, muchacho —le deseó Kesron. Hennis salió a la calle.

Ya era de noche. Las estrellas brillaban en el cielo.

—Suerte en Radenor —musitó—. La necesitaré.

Entre unas cosas y otras, se le había hecho ya demasiado tarde, así que, después de cenar en un restaurante de fama, emprendió el camino de regreso a su alojamiento.

Abrió la puerta. Apenas había dado dos pasos, le pareció que el mundo entero se desplomaba sobre su cráneo.

* * *

Hennis cayó redondo, aunque sin perder del todo el conocimiento. No obstante, el golpe le había dejado tan débil como un chiquillo de pocos meses.

Oyó voces a su alrededor.

—No, aquí no, estúpido.

—La pistola desintegrante…

—Si lanzas una descarga, te la detectarán. Hay que emplear otro método. De los antiguos, pero seguro.

—¿Cuál, Portius?

—El río y unos sacos de cemento.

—Eso es cierto. ¿Cargamos con él?

—Sin pensarlo dos veces, Xeryll.

—Escucha, Portius, ¿qué pasará si despierta? Parece que se mueve…

Hennis hacía desesperados esfuerzos por recobrar el uso de sus músculos, sin conseguirlo. Era terrible oír a sus atacantes y no poder hacer nada para defenderse.

—Dale otra dosis, Xeryll —respondió Portius con indiferencia.

Hennis vio las estrellas de nuevo, aunque esta vez sí perdió el conocimiento. Por eso no se pudo dar cuenta que los dos intrusos se lo llevaban hacia la puerta.

Portius se asomó precavidamente.

—Paso libre —informó.

La pareja cargó con el cuerpo inanimado de Hennis, encaminándose luego a uno de los ascensores del edificio. Momentos más tarde, salían a la azotea, en donde tenían

estacionado un gravimóvil.

El aire fresco reanimó un poco a Hennis, aunque no lo suficiente como para permitirle luchar. Vagamente sintió que cruzaba la terraza y, en el mismo instante, oyó una voz fresca y clara:

—¡Eh, ustedes! ¿Adónde se llevan a ese hombre?

—¿A usted qué le importa? —respondió Xeryll de mal humor.

—¡Calla, estúpido! —rezongó Portius a media voz—. Perdón, señora; es un amigo nuestro, que se ha sentido mal de repente en una fiesta y nos lo llevamos a su casa.

La recién llegada se acercó al trío y olfateó con fuerza.

—Ese hombre no está borracho —dijo—. Ustedes tratan de secuestrarlo.

Xeryll barbotó una interjección. Ella retrocedió un par de pasos y abrió su bolso.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? —gritó Portius, alarmado.

La mujer sacó una especie de pistola, con la que apuntó a Xeryll. Disparó y el sujeto se desplomó instantáneamente.

Ella volvió el arma con rapidez hacia Portius, derribándolo también, antes de que el sujeto pudiera reaccionar. Guardó la pistola y se arrodilló junto a Hennis.

—¿Puede moverse, capitán? —preguntó Circe Wolff.

Hennis hizo un signo negativo. Circe sonrió y sacó del bolso un pulverizador, con el que roció la cara del hombre.

A los pocos instantes, Hennis empezó a sentirse mejor. Circe le tendió una mano.

—Haga un esfuerzo y levántese, capitán —dijo—. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO III

Hennis fue al lavabo y metió la cabeza bajo el grifo del agua fría durante un buen rato, hasta que el torpor que sentía se alejó por completo. Después de secarse, regresó a la sala.

—He hecho café —sonrió Circe—. Venga y tómese una taza; le he añadido un poco de coñac. Con una aspirina, quedará usted como nuevo.

—Piensa usted en todo, señorita Wolff —dijo Hennis—. Pero no puedo negar que su llegada ha resultado en extremo oportuna.

—Vi que dos hombres intentaban llevárselo —explicó ella—. Uno dijo que usted se había emborrachado en una fiesta, pero no olía a alcohol en absoluto.

—Y usted olió algo mucho peor.

—Sí.

—Me pareció ver que usaba un arma.

—Una pistola de choque. Puede ser mortal, si se emplea con la energía de impacto al máximo, pero me pareció suficiente con derribarlos.

Hennis miró asombrado a la joven.

—¿Y los ha dejado escapar?

—Usted me preocupaba más en aquellos momentos —respondió Circe.

—Debiera haber tratado de averiguar quiénes eran…

—Unos esbirros, seguro. No hubiéramos sacado gran cosa. Prefiero haber colaborado a volverle a usted a la normalidad.

—Si esa es su opinión… —Hennis apuró su café—. Es cierto,

ahora me siento mucho mejor.

Circe sonrió.

—Lo celebro, capitán —dijo—. Y ahora, ¿está en condiciones de sostener una conversación?

—Lo intentaré —respondió Hennis—. ¿De qué se trata?

Los negros ojos de la joven le contemplaron durante unos instantes.

—Un viaje a Radenor —declaró.

Hennis se sobresaltó.

—¿Radenor?

—Eso he dicho, capitán.

—¿Para qué quiere ir a ese planeta, señorita Wolff?

—¿No conoce mi profesión?

—Sí. Estoy informado de que posee usted una tienda de modas, de las más elegantes y acreditadas en su género.

—Vaya, no creí que un capitán de astronave pudiera estar enterado demasiado de lo que concierne a la moda femenina.

—Me lo dijo un amigo hoy, cuando usted entró en el «Sphynx». Hasta ese momento, yo no la conocía a usted.

—Ahora ya no puede decir lo mismo, ¿verdad? —dijo Circe con una encantadora sonrisa—. Bien, capitán, ¿qué contesta a mi proposición?

—¿Para qué quiere ir a Radenor?

—Tengo entendido que es un planeta interesante. Quiero abrir allí una sucursal. «Circe Wolff. Modas de la Tierra» —recitó, como si ya estuviera leyendo el rótulo de la tienda—. ¿Se imagina usted el éxito que tendría entre las radenorianas?

—Es posible —declaró Hennis cautamente.

—Las mujeres de Radenor tienen fama de hermosas, capitán. Y a una mujer hermosa le gusta siempre vestir a la última moda.

—Entonces no vaya a Radenor.

—¿Por qué? —se extrañó Circe.

—Usted eclipsará la fama de las radenorianas. Puede que no les guste que haya alguien más hermosa.

Circe rió discretamente.

—Muy ingenioso, capitán, pero no es esa la respuesta que estoy aguardando —dijo.

—¿La quiere sincera?

—Se lo suplico.

—Entonces, mi respuesta es negativa.

Los ojos de Circe emitieron un destello de ira mal reprimida.

—Creí que sería usted más galante, capitán —se quejó.

—Oiga, a ver si ha organizado usted todo este lío del secuestro para que luego me sienta agradecido hacia usted —dijo Hennis, desconfiado.

—No sea tonto —le apostrofó ella—. No tengo en absoluto que ver con sus secuestradores.

—Entonces, retiro lo dicho, pero, si tanto interés tiene en viajar a Radenor, habrá de permitirme que le dé un consejo, señorita Wolff.

—Sí, capitán.

—Alquile una astronave por su cuenta, pero no espere de mí que la lleve a Radenor.

—¿Por qué?

—Lo siento, pero no puedo darle explicaciones. ¿Tan mal le marchan los negocios que no puede alquilar usted esa nave?

—Me marchan bien, pero preferiría viajar con usted —insistió Circe.

—Lo siento. No puede ser.

Hubo una pausa de silencio. Los ojos de Circe brillaban de furia.

De repente, agarró su bolso y se puso en pie.

—Me parece que cometí un error al ayudarle a usted —declaró.

—El agradecimiento que siento no nubla mi sentido de la discreción, señorita Wolff —contestó Hennis.

—Ya lo veo —repuso ella secamente.

Y se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a salir, Hennis la llamó:

—Señorita…

—Sí, capitán —dijo Circe, vuelta a medias hacia él.

—Espero no me trate usted como la Circe mitológica trataba a sus… amigos —dijo Hennis sonriendo.

—Es una lástima que no pueda imitarla, capitán. ¡Adiós!

Circe cerró de un portazo. Hennis soltó una risita.

Una mujer encantadora, pensó. Pero también un inconveniente para la misión que debía realizar en Radenor.

—Ahí es nada, encontrar una máquina de resucitar —masculló.

De repente, se acordó de una cosa y salió corriendo del

departamento hacia el ascensor que conducía a la azotea.

Llegó tarde. Sus dos frustrados secuestradores habían desaparecido ya.

* * *

Petra Ryss era la propietaria de un establecimiento de lujo, donde, según se decía, era posible encontrar de todo, siempre que se tuviera dinero suficiente para pagarlo. El nombre del local era simbólico: All Toys (Todos los Juguetes), claro que la palabra juguete tenía allí un significado muy distinto del gramatical.

Petra andaba rondando los treinta años, tenía una silueta escultural, una abundante cabellera rojiza y un carácter de hierro, que sólo se ablandaba en determinadas circunstancias.

Por ejemplo, cuando la visitaba el capitán Hennis.

Un camarero informó al astronauta de que Petra estaba en sus habitaciones privadas. Todavía no era hora de que la hermosa dueña del local bajase a vigilar la buena marcha del negocio y a alternar con los clientes de postín.

Hennis subió al piso superior, buscó la puerta adecuada, abrió y pasó a una sala elegantemente amueblada. A la derecha estaba el dormitorio, separado por unos cortinajes de tejido semitransparente. La puerta del baño estaba un poco más allá y Hennis pudo escuchar un ruido inconfundible.

Se acercó a la puerta del baño y la abrió un poco. Petra Ryss estaba sumergida en una nube de espuma.

Había un espejo situado estratégicamente y los dos se miraron a través del vidrio azogado.

—Eres un fresco, Mervyn —dijo Petra—. ¿No te da vergüenza irrumpir en el cuarto de baño de una dama cuando ella está en la bañera?

Hennis soltó una risita.

—¿Dónde está la dama? —preguntó irónicamente.

—¡Oh! Como me hagas salir de la bañera…

—¿Por qué no sales, Petra? —la provocó él.

—Saldré cuando hayas cerrado la puerta…

—¿Tengo que quedarme dentro o fuera del cuarto de baño después de cerrar?

—¡Largo, canalla!

Hennis volvió a reír. Cerró y esperó algunos minutos.

Petra salió un cuarto de hora más tarde, envuelto su cuerpo en una bata de baño, corta hasta las rodillas y con mangas muy amplias. Su abundante cabellera aparecía sujeta con una cinta de color rojo.

—¿Y bien? ¿A qué debo el altísimo honor de que el campeón de los sinvergüenzas haya querido mancharse las suelas de sus zapatos, pisando el suelo de mi indigna casa? —preguntó ella en tono mordaz.

Hennis le tendió una copa que había llenado poco antes.

—Bebe y prepárate a darme informes —dijo.

—¿Qué clase de informes, Mervyn?

—Ayer, por la noche, me atacaron dos tipos. Hablaron de varios sacos de cemento y del río. Imagínate qué es lo que querían hacer conmigo.

El asombro apareció en el hermoso rostro de Petra.

—¡Rayos! Querían liquidarte, ¿eh?

—Sí, preciosa, y estuvo en un tris de que no lo consiguieran. Por fortuna, pude zafarme de ellos, aunque no me fue posible interrogarles. —Hennis omitió precavidamente la intervención de Circe Wolff.

—No entiendo, Mervyn. ¿Por qué querían liquidarte esos dos tipos?

—A mí también me gustaría saberlo y sólo lo averiguaré, creo, con tu ayuda.

—Bien, si me dices qué es lo que puedo hacer en tu favor…

—Quizá los conozcas. Yo no los había visto nunca, pero sé sus nombres. O sus apellidos, no puedo puntualizarlo.

—Bueno, dímelos, Mervyn.

—Uno de ellos se llama Portius. El otro, Xeryll.

Petra se mordió el labio inferior.

—Xeryll es más alto y pesado que tú y tiene las cejas muy espesas —dijo.

—Me parece que sí —creyó recordar Hennis.

—No pueden ser otros que ellos —murmuró Petra.

—Pero ¿quiénes diablos son?

—Mervyn, ¿has oído hablar alguna vez de Mark Schyara?

—El nombre me suena, en efecto —admitió Hennis.

—Antiguamente, le hubieran llamado «gángster». Hoy se le dice respetable hombre de negocios, pero el que le conoce sabe cuáles son sus negocios y sabe también que de respetable no tiene nada.

—En suma, un forajido.

—Sí, y muy peligroso. Mervyn, si él va por tu misma acera, pásate tú a la del otro lado de la calle —le aconsejó Petra.

Hennis apuró su copa.

—Te equivocas, nena —dijo—. Precisamente quiero caminar por la misma acera que Schyara, aunque no de un modo seguido, por supuesto. Así sabré por qué envió a dos de sus sicarios a liquidarme.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras —respondió—. Enviaré una buena corona de flores a tu tumba.

—No seas tétrica. En peores me las he visto.

—Sí, pero no estaba Schyara allí… Está bien, Mervyn. Sé que eres muy terco y que todos los argumentos que emplee no harán mella en tu decisión. Por tanto, sólo me queda desearte suerte.

—Gracias, guapa, y ahora…

—Espera un momento, hombre.

Hennis miró a la joven. Ella tenía los párpados entornados de una manera singular. Sonreía con los labios entreabiertos.

—Me has tenido descuidada mucho tiempo —se quejó.

—Bueno, mis ocupaciones…

Petra le empujó suavemente con ambas manos. Las corvas de Hennis tropezaron con una silla y tuvo que sentarse. Ella aprovechó para saltar sobre sus rodillas y echarle los brazos al cuello.

—Otras veces tenías ocupaciones y te sobraba tiempo para venir a verme. —Le besó, mordisqueándole los labios—. Por ahí se dice que tengo un genio endiablado; pero es preciso ser así, si se quiere dirigir bien un negocio como el mío. Por eso me llaman «La Mujer de Hierro»… pero cada vez que te veo a ti, el hierro se transforma en cera… —añadió en tono susurrante—, a punto de fundirse.

Hennis sonreía.

—Pero, sobre todo, eres sincera —dijo.

Ella suspiró hondamente.

—Sí —contestó, buscando de nuevo los labios del hombre.

Más tarde, Petra se sentó ante el tocador, para empezar a

peinarse.

—¿Irás a ver a Schyara? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Hennis.

—Pero no entiendo. ¿Por qué quería liquidarte, Mervyn?

—No sé. Imagino que tiene algo que ver con un viaje que he de hacer a Radenor, aunque no es seguro.

—¿Radenor? ¿Qué se te ha perdido allí, en aquel planeta de salvajes asesinos? —se espantó Petra.

—Hijita, hay un hombre muy anciano que quiere, desesperadamente, seguir viviendo y que sólo lo conseguirá, así lo dice él, si yo voy a Radenor y le traiga lo que precisa para prolongar su existencia.

Petra se volvió en su asiento.

—Me intrigas, Mervyn —confesó—. ¿Es alguna medicina desconocida en la Tierra?

—Algo mejor, hermosa: una máquina para resucitar a los muertos —contestó Hennis, mientras se encaminaba hacia la puerta.

CAPÍTULO IV

A Hennis le sobraba tiempo mientras terminaban de alistar su nave. Por ello dedicó algunos días a estudiar las costumbres del hombre que, presumiblemente, había dado la orden de eliminarlo.

La residencia de Schyara era grande, lujosa, orientable al sol a voluntad, sostenida por varias columnas cilíndricas, sobre el jardín que la circundaba y de un diseño estremecedoramente futurista. Tras una serie de reflexiones, acerca de la mejor forma de entrar en la mansión, Hennis llegó a un plan.

La puerta se abría automáticamente, por medio de una célula fotoeléctrica. Pero los mecanismos estaban al otro lado.

La tapia era bastante alta y Hennis no tenía la seguridad de que no estuviese electrificada por el borde. Como la puerta era una artística verja de hierro, había una solución para abrirla, sin que se enterasen en la casa.

Las células fotoeléctricas accionaban el mecanismo de abertura cuando se interponía un cuerpo opaco.

Como no podía colocarlo, Hennis recurrió al procedimiento del cartucho de humo.

El «ojo eléctrico» estaba a un metro del suelo, de modo que el humo era todavía muy espeso a esa altura. Cuando empezó a brotar del cartucho lanzado a través de la verja, era, literalmente, un cuerpo opaco, aunque gaseoso.

La verja se abrió, Hennis se colocó a un lado y corrió en sentido oblicuo, acercándose a la casa por un costado. Aguardó unos momentos agazapados entre unos arbustos.

El humo se disipó rápidamente. Hennis continuó aguardando.

Media hora más tarde, un ascensor bajó del centro de la casa. Un hombre salió y se dirigió hacia la verja. Hennis lo dejó marchar.

Minutos más tarde, se dirigió al ascensor, que había quedado a nivel del suelo. Pulsó el botón de arranque y el aparato se elevó.

Entró en una sala desierta por el momento. Había varias puertas y esto le hizo dudar unos instantes.

De pronto, oyó ruido. Saltó detrás de un diván y se agazapó.

Un hombre salió por aquella puerta. Alguien, al otro lado, dijo:

—Y no te olvides de ver a Cherry Emlane, Portius.

—Bien, jefe.

Portius se alejó. Hennis esperó algunos segundos.

Luego, sin hacer ruido, se acercó a la puerta y abrió un poco. Mark Schyara estaba escribiendo algo sobre su mesa de trabajo.

Schyara no se dio cuenta de nada. Al cabo de unos momentos, sin embargo, notó una presencia extraña y levantó la cabeza.

—¿Eh? —respingó—. ¿Quién?

Hennis sonrió cortésmente.

—He venido a devolverle la visita, Schyara —manifestó—. Por si no me conoce, le diré que soy Mervyn Hennis.

Schyara frunció el ceño.

—Sí, conozco su nombre, capitán Hennis —admitió—. Y, dígame, ¿puedo servirle en algo?

—Ciertamente, puede servirme en informarme sobre los motivos que le impulsaron a enviar a dos de sus esbirros para liquidarme.

—Creo que se equivoca, capitán —dijo Schyara fríamente—. Jamás se me ocurriría a mí hacer una cosa semejante.

Hennis sonrió. Rodeó en parte la mesa y se sentó en uno de sus ángulos.

—Schyara, tiene usted la cara más dura que he visto en todos los días de mi vida —manifestó—. Sólo un tonto podría creer que dos tipos como Portius y Xeryll obrarían por su cuenta. Ellos y yo no nos habíamos visto jamás y no había motivo alguno para que quisieran matarme. Pero usted sí tiene motivos. Y quiero que me los diga.

—Será mejor que se vaya de mi casa, capitán —dijo el otro—. No sé cómo ha entrado usted, pero sí puedo decirle cómo saldrá, si no se marcha inmediatamente.

—Usted no está en condiciones de amenazar, Schyara. Su fama de forajido no me impresiona en absoluto. Me he enfrentado con peores tipos y siempre he salido adelante.

—Pudiera ser que ahora sucediera algo distinto.

—Pudiera ser, pero no será. ¿No quiere contestarme, Schyara?

—No tengo nada que decirle, capitán.

La mano derecha de Hennis se movió súbita y violentamente, alcanzando a Schyara en un lado de la cara. El dueño de la casa cayó de lado, con sillón y todo, lanzando un rugido de dolor.

Hennis aguardó a que Schyara se levantase. Sin darle tiempo a reponerse, le golpeó de nuevo.

Schyara salió despedido contra la pared del fondo, rebotó y cayó de rodillas.

—¿Persiste en callar? —preguntó Hennis.

Schyara se limpió los labios con el dorso de la mano, todavía arrodillado en el suelo. De repente, Hennis creyó percibir algo raro en su mirada.

El instinto le hizo agacharse, a la vez que giraba sobre sí mismo. Un corpachón pasó por encima de él. Hennis se incorporó, y Xeryll dio una aparatosa voltereta en el aire, para ir a estrellarse contra el suelo.

El individuo era fuerte y se recuperó en el acto. Pero cuando todavía estaba de rodillas, el pie derecho de Hennis le golpeó en la mandíbula.

Xeryll dejó de ser un combatiente. Schyara estaba aturdido.

—Me parece que tiene usted interés en cierta máquina que sólo se construye en un planeta llamado Radenor —dijo Hennis—. ¿Acierto o me equivoco?

La cara que puso Schyara le convenció de que había acertado. Sonrió.

—Bueno, ahora ya sé cuáles eran los motivos por los que quería eliminarme —dijo—. Le molesta la competencia, ¿eh?

Schyara no contestó. Hennis se dirigió hacia la salida.

—Siempre resulta interesante conocer a los enemigos —dijo al despedirse—. A usted le convendría tomar buena nota de lo que acabo de decir. Yo no le desprecio, Schyara, ni muchísimo menos; pero no cometa usted el error de tomarme por un enemigo insignificante. Podría costarle muy caro.

Cuando salió, Schyara no había recobrado todavía el uso de la palabra.

* * *

Schyara había pronunciado un nombre y Hennis lo guardaba en la memoria. Sin embargo, desconocía a la persona llamada Cherry Emlane.

Era indudable que tenía relación con Schyara, aunque no entendía cuál podía ser tal relación. Cuando llegó a su departamento, después de la tormentosa entrevista con Schyara, Hennis pulsó la tecla de INFORMACIÓN en el cuadro de mandos del videófono.

El canal de información le dijo el domicilio y el número de Emlane, pero nada más. Para Hennis, eran pocos datos.

Tras algunos segundos de reflexión, decidió que había una persona que podía informarle.

DeSoto llevaba más de un siglo en los negocios. Había empezado por los estratos más bajos, ascendiendo hasta su actual posición. Consecuentemente, debía de conocer a una enorme cantidad de gente.

Un oficioso secretario trató de impedir la entrevista videofónica, pero Hennis le amenazó con el despido inmediato si no le ponía en contacto con su jefe. Al fin consiguió ver en la pantalla el arrugado rostro del financiero.

—¿Te ocurre algo, muchacho? —preguntó DeSoto.

—Sí y no, señor —respondió Hennis—. Quiero que me diga usted una cosa, porque sé que conoce a un número incalculable de personas.

—¿Cómo se llama, Mervyn?

—Cherry Emlane, señor.

—¡Ah! —dijo DeSoto—. Tiene una flota de astronaves. Hace viajes por cuenta de otros o bien las alquila. Está en camino de conseguir una gran fortuna.

—¿Competidor suyo?

DeSoto sonrió de un modo extraño.

—En cierto modo, muchacho —contestó—. ¿Qué interés tienes en Emlane?

—Se lo contaré otro momento con más detalle y personalmente. Pero quiero preguntarle una cosa.

—Di, Mervyn.

—¿Conocía alguien sus propósitos de enviarme a Radenor?

—Bueno, muy pocos, pero todos de confianza —respondió DeSoto.

—Todos, no; alguno no es de confianza, aunque usted no lo crea.

—¿Quién? —preguntó el anciano, colérico.

—No lo sé. Usted conoce a sus empleados mejor que yo. Búsquelo.

—Lo haré, descuida. Y cuenta que si doy con él, le arrancaré el pellejo…

La voz del doctor Trevius se dejó oír, aunque su imagen no apareció en la pantalla del aparato:

—Por favor, señor DeSoto, no se excite; ya sabe que no es conveniente para su salud…

—¡Déjeme en paz, «matasanos»! —refunfuñó el anciano—. Mervyn, ¿piensa ir a ver a Emlane?

—Sí, señor, creo que es conveniente.

—Muy bien, yo te apoyaré.

—¿Cómo, señor?

—No te preocupes y visita a Emlane. Adiós, este galeno de vía estrecha no me deja seguir hablando —se despidió DeSoto.

CAPÍTULO V

Hennis se encontró con un conocido al entrar en las oficinas de Emlane.

—¿Adonde diablos vas, Gary? —preguntó, extrañado.

—¿No lo sabías? Trabajo en la Emlane Astramp, como comandante de astronave —respondió Kesron—. ¿Qué diablos vienes tú a hacer aquí?

—¡Oh, negocios! —exclamó Hennis volublemente—. ¿Pagan bien?

—No puedo quejarme, Mervyn. Bien, tengo prisa; hasta la vista.

—Adiós, Gary.

Hennis fue de secretaría en secretaría, hasta llegar al antedespacho de Emlane, donde un cortés empleado le indicó que aguardase. Hennis se sentó y encendió un cigarrillo.

Transcurrió un cuarto de hora. La puerta del despacho se abrió y una persona salió por ella.

Circe Wolff se detuvo un instante al ver a Hennis, quien, por su parte, se levantó, asombrado de ver a la joven allí. Pero Circe continuó su camino en seguida, levantando el busto orgullosamente.

—Puede pasar, capitán —dijo el secretario. Hennis olvidó a Circe por el momento. Cruzó el umbral y se detuvo a dos pasos.

—¡Atiza! —exclamó.

La mujer que había tras la mesa de despacho le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Por qué ese «¡Atiza!», Mervyn? —preguntó.

—Bueno, pero, ¿cómo me iba a imaginar yo que Cherry Emlane

fuese una mujer, y hermosa por añadidura?

Ella lanzó una argentina carcajada. Tenía treinta y cinco años temporales, pero su físico era el de una mujer de diez o doce menos. Su pelo era rubio y estaba muy bien peinado.

—Bueno, Mervyn, no veo por qué te has de extrañar de semejante detalle —manifestó.

—Preciosa, yo siempre te conocí a ti como Cherry O'Neil. ¿Por qué has cambiado de apellido?

—Porque me casé… y enviudé. Mi esposo se llamaba Emlane.

—Y fue él quien te dejó el negocio.

—Sólo dos astronaves, aunque he sabido hacerlo fructificar, Mervyn.

Hennis paseó su vista por el lujoso despacho.

—No cabe la menor duda —dijo—. Pero ¿a qué viene el nombre de Astramp para tu compañía?

—Astronautical y Tramp —explicó Cherry—. Con las dos palabras, he formado una sola. Supongo que sabes lo que significa «tramp».

—Sí, viajes irregulares, tomando carga aquí, dejando carpa allá, aceptando fletes en todas partes… y hasta alquilando tus naves.

—Así es —confirmó ella—. Pero, bueno, ¿qué te trae por aquí?

Hennis suspiró.

—Si hubiera sabido que eras tú, habría venido mucho antes — declaró—. Cherry, necesito información.

—¿Qué clase de información, Mervyn?

—Hoy ha venido a verte un tipo llamado Portius.

—Portius Kragnor, en efecto —confirmó ella—. Estaba en tratos para fletarme una nave.

—¿Para dónde?

—No lo sé —contestó.

—¿Cómo que no…? Pero, Cherry, tú eres la propietaria de la empresa; tienes que saber adónde viajan tus naves…

—Según y cómo, Mervyn. Kragnor ha abonado por adelantado el importe de tres meses de flete de la nave y ha dejado un depósito bancario por su valor íntegro, más primas de seguros e impuestos. Los seguros cubren toda clase de daños y perjuicios, no sólo a los tripulantes y pasajeros, sino a terceros. Es perfectamente legal — aseguró ella.

Hennis asintió.

—Les interesa mucho, evidentemente —murmuró.

—¿Cómo? —dijo Cherry.

—Nada, no te preocupes. De modo que ese Kragnor, prácticamente ha comprado una de tus naves.

—Bueno, ha cubierto adecuadamente todos los riesgos —sonrió Cherry.

—¿Y tú has accedido?

—¿De qué te extrañada, Mervyn? Repito que es perfectamente legal, incluso contratando él la tripulación, siempre que los tripulantes tengan sus patentes en regla. A este respecto, el capitán Kesron me parece de absoluta confianza.

—Ah, Kesron mandará la nave.

—Sí, Mervyn.

Hennis sonrió.

—Bueno, preciosa, no quiero seguir molestándote más —dijo—. Ah, me olvidaba. Ha venido a verte la famosa Circe Wolff.

—Sí. Pretendía fletar una de mis naves, pero ahora están todas ocupadas. Antes de dos meses no tendré una libre.

—Eso prueba que el negocio marcha bien. Te felicito, Cherry.

—Gracias, Mervyn.

Hennis la miró penetrantemente.

—Cherry, ¿cuándo puedo invitarte a cenar? —consultó.

Ella lanzó una fuerte carcajada.

—Te conozco muy bien —respondió—. Busca a otra menos tonta, Mervyn.

—¿Tan mala fama tengo, Cherry?

—Eres un magnífico capitán de astronave, pero, en lo referente a las mujeres, resultas detestable. Vete a engañar a otra, repito.

Hennis rió también.

—Me conoces mucho —dijo.

—Demasiado. Adiós, Mervyn.

—Adiós… y gracias por los informes.

* * *

—Vamos a tener competencia, señor DeSoto —anunció Hennis a través del videófono.

—¿Quién? —preguntó el anciano escuetamente.

—Mark Schyara. Como sea, pretende también la máquina de resucitar.

—¿Crees que será un contratiempo?

—Una ventaja no será, desde luego. A propósito, ¿cómo me apoyó ante Cherry Emlane?

—Uno de mis bancos le hizo un fuerte préstamo hace tiempo. El director le dijo que te diera información.

—Pero no impidieron que fletase una de sus naves a Schyara.

—El asunto ya estaba hecho. Realmente, no podíamos oponernos después de la firma del contrato.

—Ella no me dijo nada, señor DeSoto.

—Es una chica discreta.

—Y usted se calló que era una mujer. El anciano soltó una risita.

—La sorpresa, así, resultó más agradable —se despidió.

Hennis cortó la comunicación. Reflexionó.

Su nave estaría revisada dentro de dos días. Tras calcular todas las posibilidades, había decidido hacer el viaje solo, sin tripulantes.

Pero, de repente, se le ocurrió una idea.

Marcó un número de teléfono. Un rostro femenino, de color levemente azulado y cabellos extrañamente rojizos y encrespados, apareció ante sus ojos.

—¿Sí? —dijo la mujer.

—Soy el capitán Hennis. Quiero hablar con la señorita Wolff.

—Un momento, capitán, por favor.

Hennis aguardó unos segundos. El objetivo de la cámara le mostró en seguida la imagen de la joven, envuelta en una toalla de baño, desde el pecho a las rodillas. Luego, Hennis sólo vio su rostro.

—¿Capitán? —dijo Circe fríamente.

—He estado meditando, señorita Wolff. ¿Insiste en viajar a Radenor?

—Por supuesto, capitán.

—Bien, le ofrezco un sitio en mi astronave. Zarparé pasado mañana, a las once y media de la noche. ¿Le parece bien?

Circe arqueó las cejas.

—¿A qué se debe ese cambio de actitud? —preguntó.

—Precisamente a eso mismo, a que he cambiado de actitud —sonrió Hennis—. Sé que estuvo en la Emlane Astramp para fletar

una astronave y no pudo conseguirlo.

—¿Qué me costará el pasaje en su nave, capitán? —preguntó Circe.

—Nada, señorita Wolff, cortesía de la empresa.

Ella vaciló un momento.

—Acepto, capitán, aunque habrá de permitirme que le imponga una condición —dijo al cabo.

—¿Sí?

—Mi doncella particular vendrá conmigo.

—He visto a una atractiva muchacha de ciertas características raciales, que la señalan como rigeliana.

—Sí, Eudovia es de Rigel. La aprecio mucho y tengo en gran estima sus servicios.

—Aceptado, señorita Wolff. No hay inconveniente en que venga Eudovia.

—Ah, mi equipaje será bastante voluminoso, capitán.

Hennis sonrió.

—Habrá sitio de sobra en la astronave. Pensaba ir solo y de este modo iré acompañado de dos mujeres encantadoras —contestó.

—¿Cómo? ¿No necesita tripulación? —se extrañó Circe.

—Bueno, el aparato está altamente automatizado y como apenas lleva pasajeros, la tripulación resulta superflua. Supongo que usted y Eudovia no tendrán reparos en realizar ciertas labores que en tierra se califican como domésticas.

—Ninguno, capitán. Gracias de nuevo.

—Recuerde, la nave zarpará pasado mañana, a las once de la noche.

—Seremos puntuales —aseguró Circe.

Hennis cortó la comunicación. Fue al baño, se aseó rápidamente y, mientras el agua resbalaba por su cuerpo, empezó a pensar en muchas cosas.

Al terminar, una vez seco, se preparó un bocadillo, que regó con un par de tazas de café. Estaba terminando cuando oyó el zumbido de llamada del videófono.

* * *

Era Petra Ryss. Hennis se alegró de contemplar el rostro de la

hermosa dueña del All Toys.

—¿Puedo servirte en algo, preciosa? —preguntó él.

Petra lanzó un suspiro que puso en peligro las costuras de su corpiño.

—Si quisieras servirme de veras estarías aquí, a mi lado —contestó—. Pero, a pesar de todo, te aprecio y voy a hacerte un favor.

—¿Sí, Petra?

—Vas a Radenor.

—Lo admito.

—Es un viaje peligroso.

—Sí, lo sé.

—Hay otros que viajan también a Radenor.

—¿Quiénes, Petra?

—Un tal Gary Kesron, por ejemplo.

Hennis aguzó el oído.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó.

Petra lanzó una risita.

—Aquí se averiguan muchas cosas. Ya sabes, el alcohol desata las lenguas y…

—Sí, desde luego. De modo que ese viejo pirata va a Radenor.

—En efecto, cariño. Y no va solo ni muy bien acompañado.

—Más piratas.

—La palabra pirata es un benévolo calificativo para las gentes que le van a acompañar, Mervyn.

—¿Conoces a alguno, Petra?

—Eso no. Uno o dos son clientes ocasionales, aunque no he tenido trato con ellos. De los demás, no puedo decirte nada. Pero estimo que todos son de la clase de tipos capaces de rebanar el cuello a cualquiera por un puñado de «garants».

—Lo tendré en cuenta, preciosa. Gracias por tus informes.

—Podrías dármelas de un modo más… personal —insinuó Petra.

—Lo siento, pero lo que acabas de decir me ha dado una idea y voy a ponerla en práctica inmediatamente. ¡Adiós!

Colgó sin más y se dirigió a una mesa, de uno de cuyos cajones extrajo una pistola-látigo. Comprobó la carga del arma, buscó una funda, se la puso bajo la blusa y se dirigió con paso rápido hacia la salida.

CAPÍTULO VI

El astropuerto estaba en plena actividad. Las naves iban y venían casi continuamente.

Había zonas de escasa o nula iluminación. En ellas había estacionadas astronaves que no debían moverse por el momento.

El hombre caminaba cautelosamente. De cuando en cuando encendía una diminuta linterna y examinaba el número de matrícula de las astronaves, siguiendo adelante después de cada examen.

De pronto, encontró una cuya numeración le satisfizo. Miró a derecha e izquierda.

El lugar estaba solitario. A dos kilómetros, la zona de actividad resplandecía, iluminada por numerosos y abundantes focos de gran potencia.

Se acercó a un punto de la nave y sacó algo del bolsillo. Era una llave, que insertó en la ranura correspondiente, haciéndola girar a continuación.

Una chapita giró a un lado, dejando ver un hueco en el que había una pequeña palanca. El hombre la bajó y, casi en el acto, una escalera automática se desplegó del vientre de la nave, quedando apoyada en el suelo.

El desconocido llevaba pendiente una bolsa del hombro izquierdo. La escotilla había quedado abierta al descender la escalera, que subió sin más demora.

No encendió las luces de la esclusa, sino que se alumbró con su linterna hasta llegar a la cabina de mando. Tras estudiar unos

instantes la disposición, se acercó al puesto que ocuparía el piloto.

Tras arrodillarse, se descolgó la bolsa del hombro. En el mismo momento, se encendieron todas las luces.

El individuo se sobresaltó muchísimo.

—¿Eh? ¿Qué…?

El susto le hizo ponerse en pie de un salto. Giró sobre sus talones y vio a un hombre que le apuntaba con una pistola de aspecto poco agradable.

—Hola —dijo Hennis, sonriendo—. ¿Cómo se llama?

—O… Orphy… —contestó el sujeto, temblando de pavor.

—¿A qué ha venido aquí? —preguntó Hennis.

Orphy vaciló. Los ojos de Hennis se posaron en la bolsa que yacía en el suelo.

—Mejor que preguntarle eso, debí preguntarle quién lo envió aquí —añadió.

—No… no diré nada…

—¿De veras?

Hennis apretó el gatillo. Se oyó un fuerte chasquido.

Orphy gritó, se retorció agudamente y luego, de pronto, cayó al suelo.

—Vamos, vamos —dijo Hennis—, no hay que hacer tantas pamplinas. Sólo es una pistola-látigo. Duele, pero no mata.

Orphy no contestó.

Hennis frunció el ceño. Temía una jugarreta del asaltante.

—Levántese —ordenó en tono perentorio.

Orphy continuó inmóvil. Con grandes precauciones, Hennis se acercó a él y le dio la vuelta con la mano izquierda.

El asaltante tenía la cara desencajada y los ojos vidriosos. Hennis le puso la mano sobre el pecho.

Luego miró su pistola con expresión pensativa. Al cabo de unos momentos se puso en pie y enfundó el arma.

—Voy a ver cómo arreglo este maldito embrollo —murmuró disgustado.

* * *

Se oyó el zumbido del videófono. Mark Schyara alargó la mano y dio el contacto.

—Hola, Mark —dijo una voz de tonos joviales—. ¿Ha pasado buena noche?

—Tienes ganas de broma, ¿eh, capitán Hennis? —gruñó Schyara.

—Hombre, se lo preguntaba porque me dio la impresión de que quizá no ha dormido bien… esperando lo llamada de un tal Orphy.

Schyara se puso tenso.

—¿Quién le ha hablado de ese tipo? —preguntó.

—Yo le vi anoche. Y también hablé con él unos momentos, desgraciadamente, muy breves. Pero no conoce la noticia, ¿verdad?

—¿A qué noticia se refiere?

—El personal del astropuerto encontró un cadáver en un lugar deshabitado. Resultó ser el de Orphy.

—¡Lo mató usted! —acusó Schyara con un rugido.

—¡Hombre… no sé qué decirle! Yo había oído decir que las pistolas-látigo, a veces, producen colapsos cardíacos, pero sólo a personas con el corazón débil. Usted debió haber examinado antes el corazón de Orphy. Bueno, quiero decir, su médico, claro. Le solté una descarga para que hablara y murió.

—Le denunciaré…

Hennis soltó una carcajada.

—No lo haga, Mark —aconsejó—. Sería muy curioso discutir por qué un empleado suyo dejó en mi nave una carga explosiva. Estaba dispuesta de tal modo, que estallara en el momento de alcanzar los doscientos noventa y siete mil kilómetros por segundo, es decir momentos antes de iniciar una transición subespacial. Tenía, incluso, el aparato medidor que hubiese conectado a mi contador de velocidades y… ¿Se imagina el resto?

Schyara estaba lívido.

—Eso es todo, Mark —se despidió Hennis, seguro de no recibir respuesta a sus palabras.

* * *

Circe estaba indignadísima.

—Usted dijo que la partida se efectuaría mañana, a las once y media… —manifestó en tono poco amable—. ¿Por qué, pues, ha tenido que anticiparla nada menos que en veinticuatro horas?

Hennis procuró armarse de paciencia.

—Señorita Wolff, ¿quiere o no ir a Radenor? —preguntó.

—¡Pues claro que quiero…!

—Entonces, suba a la astronave; yo me ocuparé del equipaje. Luego, en órbita libre, le daré todas las explicaciones que guste.

Circe vaciló un momento.

—Está bien —accedió—. Pero Eudovia vigilará el equipaje.

Hennis volvió la cabeza. La hermosa rigeliana estaba en pie, al lado de los numerosos bultos que componían el equipaje de Circe.

Se trataba de una mujer verdaderamente alta y muy bien conformada. Su expresión era hierática, impenetrable. Vestía a la moda de su planeta: túnica escarlata, larga hasta los tobillos, aro de oro y brillantes en torno a las sienes y traje de una sola pieza, amarillo vivo, bajo la prenda exterior.

—De acuerdo —accedió Hennis.

Uno de los bultos era una caja enorme, de forma casi cúbica y de unos dos metros y medio de lado. Hennis emitió un bufido.

—No sé para qué diablos querrá vender modas terrestres en Radenor —masculló—. Las radenorianas usan muy poca ropa en su indumentaria.

—A las mujeres, aunque la ropa sea escasa, nos gustan siempre las modas de este planeta —declaró Eudovia en tono impersonal.

—Usted no lo demuestra, por lo que veo.

—Depende de la ocasión y de las circunstancias. Con permiso, capitán.

Eudovia empezó a dirigir a los estibadores con palabras corteses, pero en tono enérgico. Hennis se admiró de la forma de actuar de la rigeliana.

—¡Hum! —masculló para sus adentros—. Puede que sea una simple doncella… pero tiene demasiada clase. Me gustaría saber cuál es, en realidad, su papel en este juego.

Le quedaban días de sobra para averiguarlo, hasta que llegasen a Radenor, se dijo finalmente.

* * *

—¿Y bien? —dijo Circe, horas más tarde, cuando la nave estuvo en órbita libre—. ¿Cuál es la razón de anticipar la partida en

veinticuatro horas?

—Esto —señaló Hennis.

Circe puso los ojos en la bolsa que reposaba sobre la mesa de la cámara de estancia.

—¿Qué es? —inquirió.

—Explosivos, con espoleta de velocidad. Anoche sorprendí a un tipo que quería colocarme esa carga en el interior del cuadro de mandos, conectada al contador de velocidades.

—¿Cómo? ¿Querían destruir su nave?

—Sí, pero cuando estuviera ya en el espacio.

Circe estaba estupefacta.

—No lo entiendo. ¿Por qué querían hacer una cosa semejante?

—Señorita Wolff, ¿quién le dijo a usted que yo iba a ir a Radenor?

La joven remoloneó un poco.

—Bueno, vendí unos vestidos a la señora Gruhyne. Es nieta de William DeSoto y el anciano la quiere mucho. Gruhyne es el apellido de su esposo.

—Entiendo —masculló Hennis—. A DeSoto sólo le faltó publicarlo en los periódicos.

—Y como hace tiempo que yo quería poner una tienda de modas en Radenor…

—El resto se comprende fácilmente —dijo él.

—Sí, pero no me ha dicho aún por qué querían volar la nave.

—Si la señora Gruhyne le dijo lo de la máquina de resucitar, yo le diré que hay otros que pretenden lo mismo y que no quieren competencia. ¿Está claro?

—Por supuesto, pero ¿no sufriremos contratiempos durante el viaje?

—Eso espero —respondió Hennis, aunque, interiormente, no estaba muy seguro de sí mismo.

* * *

Hennis fue a la máquina dispensadora de café y se sirvió una taza. De un modo casi instintivo, se fijó en el marcador de contenido, pero no dio importancia a las indicaciones.

Tomó el café y regresó a la cámara de mando. Las mujeres

estaban en sus departamentos. Apenas si salían más que lo necesario.

Dos días más tarde, Hennis se sirvió la comida, también procedente de las máquinas alimentadoras: tazón de sopa, pan, ensalada, filetes, verdura y dos pasteles. El marcador de la sopa estaba muy bajo.

—Es buena, pero no para delirar por ella —murmuró, recordando los buenos restaurantes de la Tierra—. ¿A quién diablos le gustará tanto la sopa?

El marcador de la máquina de leche bajaba asimismo de una manera anormal e igualmente sucedía con los jugos de frutas.

—Bueno, las dos son muy esbeltas y quizá quieran conservar la línea —se dijo—. En un viajecito de esta clase, en el que no se hace nada, a poco que uno se descuide, engorda media docena de kilos sin darse cuenta.

Circe y Eudovia apenas si se dejaban ver. Permanecían casi continuamente en sus cámaras, situadas en la parte destinada a los pasajeros de la nave.

Hennis se aburría mortalmente.

—Pues sí que la he acertado yo —masculló, disgustado, una semana después de haber emprendido el viaje—. Una de las dos, por lo menos, podía tratar de ser más sociable… pero ni que viajaran en compañía de un monstruo.

Los días iban pasando lentamente. Hennis empezó a extrañarse del inexplicable descenso en las dosis de determinados alimentos.

Cierto día, por casualidad, se encontró con Eudovia. La rigeliana llevaba en la mano una bandeja que contenía un humeante tazón de sopa.

—Eudovia —llamó.

—Sí, capitán —contestó la doncella.

—¿Es para usted esa sopa?

—No, capitán; para la señorita Wolff.

—Parece que le gusta mucho, ¿eh?

En la cara de Eudovia se acentuó ligeramente su color azul, que era como mostraban el rubor los nativos de Rigel.

—Bueno, sí, es sabroso… nutritivo…

—Pero sintético, a fin de cuentas. No está hecho de agua, sal, zanahorias, tocino, carne de vaca… como debe estar hecho un

verdadero caldo. Alimenta y da calorías, aunque no puede imitar de verdad a un auténtico caldo.

Eudovia hizo un ligero encogimiento de hombros.

—A la señorita le gusta —respondió evasivamente.

Y se marchó.

Hennis se acarició el mentón, lleno de perplejidad.

—No hay quien entienda a las mujeres —se dijo—. Un tazón de sopa, de cuando en cuando, estaba bien, pero cuatro o cinco al día…

Una semana después, Eudovia apareció en la cámara de mando, pálida y demudada.

—Capitán, por favor —pidió—. ¿Dónde tiene usted el botiquín de urgencia?

Hennis respingó.

—¿Qué pasa? ¿Quién se ha puesto enfermo? —preguntó.

—La… la señorita Wolff. Necesito un estimulante cardíaco, pronto. Supongo que tendrá usted en su botiquín, ¿no?

—Supone bien, Eudovia —respondió Hennis—. Venga conmigo, por favor.

CAPÍTULO VII

Eudovia repasó rápidamente los rótulos de los distintos medicamentos contenidos en el botiquín y eligió un frasco de tónico cardíaco.

—Iré con usted —dijo, cuando salían de la cámara donde se guardaban las medicinas y que, en realidad, era una pequeña farmacia.

—No hace falta, gracias; se repondrá en seguida —contestó Eudovia.

Y echó a correr, dejando a Hennis todavía más perplejo de lo que ya lo estaba.

—¿Será posible que una chica tan guapa como Circe padezca del corazón? —se preguntó, desconcertado.

Dudó unos momentos. Luego, decidiéndose, echó a andar con paso firme hacia la cámara de Circe. Llamó a la puerta con los nudillos.

—Pase —dijo Circe.

Hennis cruzó el umbral. Circe estaba inclinada sobre una mesa, haciendo algo, muy entretenida, y ni siquiera volvió la cabeza cuando él entró.

Durante un segundo, Hennis admiró la esbeltez de la figura de Circe, vestida solamente con una chaquetilla muy corta, sin mangas, que dejaba al descubierto la parte inferior del torso, y unos simples «shorts». Un mechón de pelo le caía sobre la cara, proporcionándole un singular atractivo.

—¿Y bien, doctora? —dijo la joven, en el momento de

enderezarse.

Hennis arqueó las cejas.

—¿Doctora? ¿Quién es la doctora aquí? —se extrañó.

Circe palideció.

—Ha… ha sido un error… —tartamudeó.

—Error, ¿eh? —Hennis frunció el ceño—. Me parece que el error es mío, en todo caso. ¿Dónde está Eudovia? ¿Por qué me mintió diciéndome que usted había sufrido un ataque cardíaco?

—Capitán, deje que le explique…

—No hay explicaciones que valgan. Usted lo ha dicho bien: soy el capitán de esta nave y tengo pleno derecho a saber todo lo que ocurre en ella.

Dicho lo cual, Hennis giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida. Circe corrió y se plantó ante él, con los brazos extendidos.

—Por favor, capitán —suplicó.

—Estos días se ha consumido aquí más comida de la necesaria y sólo de cierta clase de platos —dijo él—. Se supone que debería ser un veterano del espacio, capaz de olfatear la presencia de un polizón a bordo, por los menores síntomas, pero es probable que esté perdiendo facultades y me cueste adivinarlo más de lo normal.

Apartó a la joven y salió al corredor. La cámara de Eudovia estaba dos puertas más allá.

Circe corrió tras él. Hennis abrió de golpe y vio a la rigeliana en pie junto a la litera, sosteniendo con su mano derecha la muñeca de un tipo tendido en ella y que parecía en muy mal estado.

Eudovia volvió la cabeza, sorprendida por la irrupción del joven en la cámara, pero su expresión impenetrable no cambió.

—Lo siento, doctora —dije Circe.

—Está mejor —anunció Eudovia—. Pero el progreso de su enfermedad es irreversible.

—¿Quién es? —preguntó Hennis.

—Ella se lo dirá —contestó Eudovia, señalando a Circe con el mentón—. Ahora, por favor, salgan.

Hennis acató la indicación de la rigeliana y cerró la puerta. Luego miró a Circe con expresión severa.

—En mi camarote hablaremos con más comodidad —indicó.

Circe lanzó un suspiro de resignación y echó a andar, sin más comentarios, hacia el lugar señalado.

* * *

Hennis se percató de que la joven estaba alteradísima y le ofreció una copa, que ella tomó sin protestar. Por su parte, Hennis bebió otro poco.

—¿Quién es? —preguntó momentos después.

—Mi esposo —respondió Circe con voz opaca.

Hennis la miró sorprendido.

Ella estaba sentada en una silla, muy rígida, con las manos sobre el regazo. Su esbelto pecho subía y bajaba con intermitencia.

—No sabía que estuviera casada —dijo—. Siempre pasó por soltera…

—Es un matrimonio secreto —explicó Circe—. Nos casamos hace año y medio. Él es biznieto de DeSoto, pero el viejo, aun en estos tiempos, es un tirano para la familia y no quería ni oír hablar de nuestra boda.

—Entiendo.

—John, sin embargo, me quería. No diré que yo estaba loca por él, precisamente, pero me gustaba. Era… es simpático, culto, generoso… Un magnífico muchacho, se lo aseguro. Y si me casé con él fue más por irritación hacia su bisabuelo que no porque realmente le amara hasta ese extremo.

—Una boda por despecho —calificó Hennis.

—Bueno, a fin de cuentas, John es todo un hombre y merece que una mujer le quiera. Nosotros teníamos la intención de triunfar y entonces presentarnos ante el viejo con los hechos consumados. Pero, de repente, John fue afectado por el virus de Kerkhaw. Es mortal, como usted sabe; aún no hay remedio para esa enfermedad.

Hennis asintió.

—Eudovia es médico por la Academia de Rigel, uno de los mejores clínicos de su planeta. Yo la hice venir, pagándola a peso de oro. En Rigel han conseguido prolongar la vida de los atacados por el virus de Kerkhaw, aunque, a la larga o a la corta, acaban por morir irremediablemente. Sin embargo, de no haber sido por ella, John estaría muerto ya.

—Y usted quiere que viva.

—Sí —declaró ella en tono apasionado—. Hubiera hecho

cualquier cosa por mí. No es poco casarse conmigo, contra la oposición del patriarca de la familia DeSoto. Es un clan anticuado, cuyos miembros acatan las órdenes del jefe.

—Lo cual, cuando no hay demasiada rigidez, siempre es beneficioso —dijo Hennis—. Pero ¿por qué se oponía el viejo a la boda? Usted es una emprendedora mujer de negocios y goza de gran reputación… No había, pues, motivo para impedir la boda.

—Está mi pasado, capitán —confesó Circe con voz inexpresiva —. Trabajé algunos años en una taberna y no de las mejores. Si tenía fama, no era buena, precisamente.

—Y el viejo se enteró.

—Sí. Una vez, un cliente agradecido me regaló un diamante de Reph XI y, con el dinero que me dieron por él, abandoné el empleo y compré una tiendecita de modas. Como tengo buena mano para el diseño, empecé a prosperar…

—Y John DeSoto se fijó en usted.

—Efectivamente. Yo le hubiera rechazado, pero el despecho me hizo actuar exactamente en sentido contrario. Bien, el caso es que es mi marido y mi obligación es estar a su lado en todos los momentos, buenos y malos. Y luchar por su vida.

—¿Cómo, señora DeSoto?

—La máquina de resucitar.

—¡Ah!

Hennis miró con simpatía a la joven.

—La ayudaré —prometió—. Aunque debió de habérmelo comunicado antes.

—No es que no confiase en usted, sino que no quería que se enterase el viejo. Compréndalo, capitán.

—Desde luego —dijo él—. Pero, por favor, dígame, ¿no hay remedio para la enfermedad de John?

Circe negó tristemente.

—Si no hubiera sido por Eudovia ya estaría muerdo, repito —contestó—. El virus de Kerkhaw provoca el estallido literal de las células y esa explosión difunde aún más la maligna enfermedad por el cuerpo. Finalmente, llega el colapso cardíaco.

—Lo siento de veras —manifestó Hennis—. Pero ¿cree que John se salvará con la máquina de resucitar?

—Con esa intención viajamos a Radenor —contestó Circe.

Hennis se acarició la mandíbula.

—¿Qué hará una vez estemos allí? —preguntó—. ¿Lo dejará a bordo, al cuidado de Eudovia, o le buscará un alojamiento en la capital?

—¿Qué me aconseja usted, capitán? —preguntó Circe.

—Bueno, en la nave hay todo género de comodidades, así que, ¿para qué gastar más dinero? Eudovia cuidará de él, y nosotros nos ocuparemos de buscar la máquina de resucitar.

—Si es por dinero, no se preocupe usted, capitán. Vendí mi negocio y John tenía también un pequeño capital propio. Gastaremos todo con tal de devolverle a la vida.

Hennis sonrió comprensivamente.

—Haremos que viva muchos años, junto a la mujer más fiel y encantadora que he conocido —aseguró.

Eudovia apareció de repente en la puerta de la cámara.

—Ha reaccionado —anunció.

—Doctora —preguntó Hennis—, en su opinión, ¿qué tiempo de vida le queda al paciente?

—Tres semanas, no le concedo un día más —replicó Eudovia.

Circe se tapó la cara con las manos. Hennis torció el gesto.

—Llegaremos a Radenor dentro de tres días —dijo.

—A partir de entonces, dispondrá usted de dieciocho días solamente —afirmó la rigeliana—. El último análisis indica un notable incremento en la velocidad de propagación del virus de Kerkhaw y, por comparación con análisis anteriores, puedo asegurar que la vida del señor DeSoto durará el tiempo anunciado, con un error máximo de veinticuatro horas en ambos sentidos.

—Es decir veinte o veintidós días.

—Sí, capitán.

—Y, dígame, doctora, esa enfermedad, ¿es contagiosa? —preguntó Hennis recelosamente.

—Por fortuna, no —respondió Eudovia.

—Sólo se adquiere en Kerkhaw, y John estuvo en aquel planeta formando parte de un «safari» científico. En Kerkhaw, como usted no ignora, capitán, abundan extraordinariamente los animales gigantescos, muy parecidos a los dinosaurios de las épocas primitivas de la Tierra —dijo Circe.

—Lo cual me servirá a mí de advertencia para no poner jamás

los pies en aquel mundo —declaró Hennis.

De pronto se oyó un fuerte tañido, que se repetía rápida y vibrantemente.

—¿Qué es eso? —preguntó Circe, alarmada.

Hennis echó a correr hacia la cámara de mando.

—¡Alarma! —dijo por encima del hombro—. No sé quién o quiénes la tripulan, pero tenemos una astronave en las inmediaciones y, al parecer, no con muy buenas intenciones.

* * *

—El radar indica que están justamente detrás de nosotros, siguiendo la misma órbita y a unos tres millones y medio de kilómetros, distancia que se acorta a razón de unos cincuenta mil kilómetros por minuto.

—¿Cómo sabe usted que esa nave es hostil? —preguntó Circe, mientras contemplaba las pantallas detectoras.

—Han estado aguardando a que volásemos a velocidades sublumínicas —explicó Hennis—. Ahora nos pueden ver perfectamente, puesto que nuestra velocidad es inferior a la de luz. Y si fuesen amigos, o por lo menos no enemigos, seguirían una órbita paralela a la nuestra. Literalmente, vuelan en nuestra estela.

—¿Por qué hacen eso? —quiso saber ella.

Hennis suspiró.

—Torpedos —dijo.

Circe se estremeció.

—¿Van a dispararnos un torpedo espacial? —preguntó.

—Uno o dos, o los que crean necesarios, hasta que nos eliminen —respondió él—. Pero la velocidad resulta todavía excesiva y por eso aguardarán el momento propicio. No olvide que nos acercamos a Radenor y hace horas ya que estamos reduciendo la velocidad. Lleva días pasar de los doscientos noventa y nueve mil kilómetros por segundo a una velocidad que permita volar a cotas subatmosféricas, para un posterior aterrizaje.

—Entiendo —dijo Circe—. Pero ¿tiene usted medios para defenderse?

—Si no son las armas individuales… y esas no sirven para los torpedos espaciales.

Circe se aterró.

—Entonces, no le queda otro remedio que la huida al subespacio —exclamó.

—Quizá sea eso lo que pretendan en última instancia —contestó Hennis—. Así, nos apartarían de la competición por la máquina de resucitar.

Hubo un momento de silencio. De repente, Hennis lanzó una exclamación:

—¡Espere, Circe! Creo que ya tengo la solución… pero antes quiero ver si es posible arreglar este asunto por medios pacíficos.

Pulsó una tecla y esperó unos segundos. Luego dijo:

—Habla el capitán Hennis. ¿Está por ahí ese viejo pirata llamado Gary Kesron?

CAPÍTULO VIII

La respuesta tardó unos segundos que a Circe se le hicieron interminables. Luego se oyó una voz:

—Hola, Mervyn —dijo el capitán Kesron—. ¿Quieres algo de mí?

—Sí, muchacho. Deseo confirmar una suposición. Estás en mi estela, ¿no?

—Eso parece —dio Kesron—. Nos costó un poco, porque anticipaste la salida, pero, al fin, te hemos dado caza.

—No vendas aún la piel del oro, Gary. Pero me extraña que hayas convertido en realidad el calificativo de «viejo pirata». Nos lo decíamos en broma, pero tú te lo has tomado absolutamente en serio.

—¿Qué quieres que le haga, muchacho? Pagan bien.

—Y para cobrar lo que te pagan, serás capaz, incluso, de pasar por encima de mi cadáver.

—Lo siento, Mervyn —respondió Kesron.

—De modo que te has pasado al enemigo. Se llama Mark Schyara, ¿no?

Kesron respondió:

—Si no tienes nada más que decirme…

—Sí, tengo algo más que decirte, Gary. Transmíteselo así a tu jefe, quien, me imagino, debe hallarse a bordo de tu nave con toda su pandilla de forajidos. Dile que estoy dispuesto a darle un disgusto de los gordos, aunque tú tengas ya el dedo sobre el pulsador que disparará torpedos apenas estéis a la distancia

requerida. ¿Has comprendido?

—Perfectamente, Mervyn.

—Entonces adiós, Gary.

Se oyó un «click». Circe, muy pálida, miró a Hennis.

—¿Qué piensa hacer usted, capitán? —preguntó.

Hennis levantó una mano.

—Tengo que calcular primero unas cifras —respondió en tono evasivo.

Abandonó aquel sector del cuadro de mandos y se acercó a la computadora de a bordo, en la cual manipuló directamente algunos minutos. De repente, exclamó:

—Circe, examine usted la tercera esfera, contando desde la izquierda. Dígame a qué cifra apunta la aguja, por favor.

—Sí, capitán. —Tras una pausa, ella respondió—: Doscientos treinta.

—Añada mil y tendrá los kilómetros por segundo —sonrió Hennis, volviendo a sus cálculos.

Cinco minutos más tarde, abrió un armario y sacó una bolsa.

—Kesron lanzará sus torpedos cuando haya bajado de los dos millones de kilómetros de distancia y vuele a menos de ciento cincuenta mil al segundo —dijo—. Antes, sin embargo, se llevará una sorpresa poco agradable.

Abrió la bolsa y manipuló en el artefacto que llevaba en su interior. Luego salió de la cámara, a la que volvió pasados diez minutos.

—Ya está —dijo.

—¿Qué es lo que ha hecho usted, capitán? —preguntó Circe, muy intrigada.

—¿No recuerda ya la bomba que intentaron colocar en mi nave?

—Sí, es cierto.

—Bien, la he dejado en el exterior. Por inercia, nos sigue a nosotros, pero, a pesar de todo, se separa lentamente. He graduado la espoleta velocimétrica, de tal modo, que la bomba explotará cuando la nave de Kesron esté en sus inmediaciones.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Circe, admirada.

—Bueno, la espoleta velocimétrica funciona tanto en un sentido como en otro, es decir tanto si la bomba marcha más rápida o va perdiendo velocidad. Pero cuando esa velocidad llegue a una cifra

determinada, que he calculado yo en función de todos los desplazamientos respectivos, el de mi nave, la de Kesron y la bomba, se producirá la explosión. ¿Lo comprende ahora?

—Sí, capitán. Sin embargo, esa explosión deberá producirse antes de que la distancia sea inferior a los dos millones de kilómetros o empezarán a torpedearnos.

Hennis consultó su cronómetro.

—Si no me equivoco, la nave de Kesron está ya a menos de diez minutos de la bomba —dijo—. La distancia que nos separa es todavía de dos millones y medio de kilómetros.

Lanzó una carcajada.

—Será una venganza poética —añadió—. La bomba que destinaron para mi nave les explotará a ellos.

—Morirán —se estremeció Circe.

—Si usted quiere, les aviso, pero eso no ablandará el corazón de Schyara. ¿Me comprende?

Ella asintió.

—Sí, es cuestión de sobrevivir —dijo.

—Exactamente —confirmó Hennis.

Pasaron algunos minutos.

De pronto, Circe dijo:

—Detectarán la bomba, capitán.

—Es un objeto demasiado pequeño —alegó él.

—El deflector de meteoritos…

—Si es un meteorito muy grande, no sirve para nada. Y si es pequeño, lo deshace a muy poca distancia del casco. Pero el meteorito afectado por el deflector no lleva a bordo unos cuantos kilos de alto explosivo.

Súbitamente, se vio brillar en el espacio un gigantesco fogonazo.

Hennis lanzó un suspiro de alivio.

—Una lástima, pero no teníamos otro remedio que defendernos —dijo, como epitafio para los ocupantes de la nave perseguidora.

* * *

El oficial de la Aduana de Radenor miró a Hennis con recelo.

—Según su ficha, estuvo ya aquí durante diez días —dijo.

—Lo admito, coronel —sonrió Hennis.

—Conoce las leyes de Radenor, supongo.

—Sí, señor.

—Aquí no se impide la entrada a ningún extranjero, contra lo que propalan por ahí calumnias nada gratas —dijo el aduanero—. Lo único que queremos es que todo visitante se ajuste a las leyes de Radenor.

—Estamos dispuestos a ello, señor —terció Circe.

—Las mujeres están excluidas de cierta ley referente a los duelos —manifestó el oficial—. Pero no de las demás leyes, en especial de la que se refiere al origen de los duelos.

—¿Qué ley es esa? —preguntó la joven, extrañada.

—Yo se lo explicaré más tarde —sonrió Hennis—. ¿Algo más, coronel?

—En efecto, capitán; para usted, falta lo más importante. Tome, cuélguelo de su cuello.

Hennis aceptó sin rechistar el collar que le tendía el aduanero, del que pendía un ancho medallón con cuatro cifras.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Circe, muy intrigada.

—Un contador de días —respondió Hennis.

—Le quedan cuatro de inmunidad —explicó el oficial de la Aduana—. Pasado ese tiempo, cualquier ciudadano de Radenor podrá retarle a duelo a muerte.

—¡Ah! —se estremeció la joven.

—¿Nada más, coronel? —preguntó Hennis, sonriendo.

—Eso es todo, terrestres. Les deseo una feliz estancia en Radenor.

Hennis agarró las dos maletas del equipaje y se dirigió hacia la salida. El movimiento era muy escaso en el astropuerto.

—No parece que los turistas afluyan a Radenor —dijo Circe.

—Bueno, con la fama de duelistas que tienen sus habitantes, la cosa no está como para pasearse con frecuencia por sus calles —respondió Hennis—. Hubo un tiempo en que sí se veían turistas, ávidos de contemplar los duelos que se producen por cualquier parte, pero la gente se va sensibilizando y estima que es una costumbre bárbara.

—Podían acabar con ella…

—Es una costumbre local. Ninguna Liga de Planetas puede inmiscuirse en los asuntos internos de uno de sus miembros, a

menos que éste interfiera los de otros. La verdad, esa costumbre de los duelos no es exportable, que digamos.

—Y por eso no se interviene aquí.

—Exactamente.

Un gravimóvil de alquiler aterrizó en aquel momento. Hennis agitó la mano.

El conductor les preguntó adonde deseaban ir. Hennis le indicó el «Hotel de las Doce Espadas».

—Vaya un nombrecito —comentó Circe.

—Tiene una sala especial para duelos a espada. Se ve muy concurrida y hay muchas apuestas —sonrió él, mientras el aparato remontaba el vuelo de nuevo.

Desde el aire, Circe contempló el panorama urbano de la capital del planeta, una ciudad espléndidamente diseñada y de trazado y edificio absolutamente futuristas. Sin embargo, pensó, los radenorianos se combatían con toda ferocidad.

—Claro que luego resucitan, si pierden el duelo, pero…

De repente, se acordó de una cosa.

—Mervyn, ¿qué dijo el aduanero respecto a los motivos de los duelos? —preguntó.

—¡Oh, nada de importancia! —sonrió él—. No se preocupe, eso no la afecta en absoluto, créame.

Hennis mentía, pero, por el momento, no quería aumentar más las preocupaciones de la joven.

* * *

Cuando llegaron al hotel, había dos hombres combatiendo en la sala de duelos.

Era una estancia de gran tamaño y forma circular, con palcos en torno a la arena donde dos radenorianos, casi desnudos, combatían encarnizadamente con unas espadas de tamaño terrorífico.

Los palcos estaban a rebosar de hombres y mujeres, que chillaban con frenesí, animando a uno u otro combatiente y cruzándose apuestas entre sí. Circe, morbosamente atraída por el espectáculo, contempló la lucha muy a su pesar, fascinada por aquel combate que sólo acabaría con la muerte de uno de los dos contendientes.

Cada uno de los duelistas tenía un color distinto en el diminuto taparrabos que era la única prenda de su vestuario. El verde atacó a fondo y el amarillo se desplomó, después que la espada de su adversario hubo asomado un palmo por su espalda.

Sonaron gritos de alegría por un lado, de los ganadores de las apuestas, y denuestos e imprecaciones de los perdedores. Un grupo de individuos entró en la arena, portadores de una camilla y de unos extraños aparatos, con los cuales manipularon en el cuerpo del vencido antes de llevárselo.

—Están haciendo en el organismo el tratamiento «pre-resurrección» —explicó Hennis.

Circe estaba estremecida de horror. El triunfador se acercó a uno de los palcos, en el que había una hermosa mujer, la abrazó estrechamente, con gesto posesivo, y los dos salieron juntos de la sala.

—Debieron de pelearse por ella —adivinó Circe.

—Es lo más probable —contestó Hennis—. ¿Vamos?

Se despidieron en la puerta de la habitación asignada a la joven. Hennis le entregó un pequeño transmisor de radio.

—Está ajustado a la frecuencia de mi nave —dijo—. De este modo podrá tener noticias de su esposo cuando lo desee. Si quiere volver a la astronave, pida un gravimóvil y que la lleve directamente, sin paradas. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿cuándo vamos a…?

Hennis sonrió.

—Voy a cambiarme de ropa —manifestó—. Después, iré a visitar a un amigo para que me dé informaciones. No se preocupe si tardo en volver.

—Está bien, capitán.

CAPÍTULO IX

El amigo a que se había referido Hennis pertenecía al sexo débil, contaba una edad física de unos veinticinco años, tenía el pelo pajizo y una silueta escultural. Su nombre era Voiva.

Ella vivía en un edificio de trazado enloquecedor. En la puerta y en caracteres radenorianos, había un rótulo: VOIVA DE HJIM. PROFETISA.

Hennis sonrió al leer el rótulo. Entró en la antesala y aguardó su turno. Había varios clientes de la profetisa.

Minutos más tarde salió una mujer de edad.

—La profetisa está indispuesta por el exceso de consultas de hoy —anunció—. Tengan la bondad de regresar mañana.

Los clientes se marcharon. Hennis remoloneó para quedarse el último.

Cuando la puerta se hubo cerrado, la mujer de edad se quitó una máscara completa y se despojó de la larga túnica gris que cubría su cuerpo hasta los pies. Una brillante sonrisa apareció en sus labios.

—Hola, Mervyn —saludó Voiva.

Hennis avanzó hacia ella.

—Me has visto, supongo —dijo.

—Sí. Siempre examino a la clientela por un objetivo indiscreto que tengo en la sala de consultas. Cuando alguien no me gusta, lo despido… por medio de mi sirvienta, que soy yo.

Voiva lanzó una aguda carcajada y se colgó del brazo del terrestre.

—No sabes qué sorpresa tan agradable me has dado —añadió—.

Lo que menos esperaba era volver a verte.

—Negocios, hermosa —contestó él.

—Me defraudas. Yo creí que habrías venido a que te profetizase el porvenir.

—Entre nosotros, Voiva. ¿Crees tú misma en las profecías que haces a los clientes?

Ella se echó a reír de nuevo.

—Las creen ellos, y eso basta —respondió.

—¿Y si no se cumplen?

—Hay que tener un poco de psicología y examinar al cliente sin que él se dé cuenta. Les digo lo que quieren oír… y eso es suficiente para ellos.

—Sí, el número de crédulos es como el de las estrellas en el firmamento —suspiró Hennis—. Pero todavía no te he dicho que estás más hermosa que nunca.

Voiva le miró con suspicacia.

—Mervyn, tú estás buscando algo —dijo—. ¿Qué es, si se puede saber?

—Esto —respondió él, abrazándola con ardor. Ella se dejó besar, pero insistió:

—No me buscas sólo a mí, aunque me halaga —dijo—. Y sé que eres lo suficientemente escéptico para no pedirme que profetice tu porvenir.

Hennis sonrió.

—Voiva, hermosa, espera unos momentos y sabrás lo que he venido a buscar en Radenor —contestó.

Voiva inspiró con fuerza. Sus brazos se enroscaron como cálidas serpientes en torno al cuello del terrestre.

—Primero has venido a buscarme a mí —murmuró—. Ya me tienes, cariño.

* * *

Voiva vestía ahora un simple peinador de tejido casi transparente, que cubría su cuerpo hasta los pies. Al trasluz se divisaba una silueta de contornos anatómicos perfectos.

Después de llenar dos copas de vino, se volvió hacia Hennis y le entregó una.

—De modo que has venido a buscar la máquina de resucitar —dijo.

Hennis probó el vino antes de contestar:

—Sí.

—¿Lo conseguirás?

—Tú, una profetisa, ¿lo dudas?

Hennis estaba repantigado en un diván. Voiva se arrodilló frente a él primero y luego se sentó sobre sus talones.

—Mervyn, ¿sabes siquiera en qué consiste la máquina de resucitar? —le preguntó.

—Bueno, una persona muere, la llevan a la máquina y, mediante no sé qué misteriosas operaciones, es vuelta a la vida. Eso es todo lo que puedo decirte, Voiva.

—Pero no has visto nunca la máquina.

—Lo admito.

—Sólo pueden verla los encargados de su funcionamiento.

—Me lo imagino. También sé que es un trasto que tiene mucho éxito. En Radenor se vive tan bien, que la gente se muere de aburrimiento y lo combate con duelos a muerte. El vencido tiene la opción de resucitar, claro.

—Y tú quieres llevarte la máquina, Mervyn.

—Al menos un ejemplar.

—¿Sabes el tamaño que tiene? La altura de una casa de cinco pisos, cien metros de largo y cincuenta de profundidad. ¿Cabe en tu astronave?

Hennis respingó.

—¡Voiva!

—No te miento, Mervyn. Lo que te he dicho es rigurosamente cierto.

—Bueno, puedo conseguir los planos…

—Eso ya está mejor, pero ¿cuánto tiempo tardarías en construir una igual en la Tierra?

—Ah, no lo sé; otros se ocuparían de ello. Hay dinero de sobra —afirmó Hennis.

—Bien, voy a darte un consejo, Mervyn. Ve a ver al doctor Paggex. Dile que vas en mi nombre. Él te dará aún más explicaciones que yo.

—¿Quién es Paggex? —preguntó el terrestre.

Voiva sonrió.

—Mi hermano. Es director del equipo de resurrección —contestó.

—¡Pero tú te llamas…!

—Es el apellido profesional. Mi verdadero apellido es Paggex.

—No lo sabía, Voiva.

—Tampoco es cosa que importe demasiado, Mervyn. Ve a verle; dile que vas en mi nombre. Te atenderá muy gustoso, créeme.

—Me darás su dirección.

—Por supuesto.

Voiva se enderezó un poco. Sus dedos rozaron el medallón que pendía del cuello de Hennis.

—Te quedan tres días nada más para poder ser retado a duelo —dijo.

Hennis sonrió.

—No me importa —dijo.

—No me gustaría que alguien te desafiara y acabases en la máquina de resucitar —manifestó Voiva.

—¿Por qué? —se extrañó el terrestre.

—Habla con mi hermano.

Hennis intuyó algo raro en la voz de la hermosa radenoriana, pero no quiso hacer más preguntas. Ella estaba a su lado y de su cuerpo se desprendía una sugestiva fragancia. Los ojos de Voiva brillaban de un modo singular.

Alargó sus manos y la tomó por los hombros, atrayéndola de nuevo hacia sí. Ella no opuso la menor resistencia.

* * *

—Ha estado casi veinticuatro horas ausente del hotel —se quejó Circe al día siguiente.

—Ya le dije que no debía alarmarse por mi ausencia —contestó él con la sonrisa en los labios—. Y no ha resultado infructuoso, ni mucho menos.

—¿Qué ha conseguido?

—Conocer el nombre del director del equipo científico de la máquina de resucitar. Pero ahora está ausente de la ciudad y tardará tres días en regresar. Ha ido a Diabjara, la segunda ciudad

de Radenor, con objeto de poner en funcionamiento una nueva máquina como la que hay aquí.

—Una noticia muy interesante. ¿Cree que podrá llevarse un ejemplar a la Tierra?

—Verá usted —dijo Hennis con sorna—. Esa «maquinita» mide unos quince o dieciséis metros de altura, por cien de largo y cincuenta de profundidad o grueso, como quiera llamarlo. El problema de John, su esposo, está resuelto, pero en cuanto al bisabuelo, temo que habrá de venir a Radenor.

—No creí que fuese tan grande —se asombró la joven.

—Yo tampoco. A decir verdad, no me interesé demasiado por la máquina la última vez que estuve aquí. Ahora las cosas han variado un poco.

—¿Quién le ha dado esos informes?

—Un… amigo —sonrió Hennis.

Ella le miró recelosamente.

—Tengo la sensación de que «ese amigo» es muy guapa —dijo con malicia.

—Ella no puede evitarlo —contestó Hennis—. Pero es la hermana del doctor Paggex, director del equipo científico de la máquina.

—Ah, una noticia excelente.

—Desde luego. Yo contaba con que mi amiga me diese informes, porque, por su profesión, podía hacerlo. Pero encontrarme con que es la hermana del doctor Paggex, además de una grata sorpresa, resulta una ventaja indiscutible.

—¿Cree que Paggex le cederá los planos para la construcción de una máquina en la Tierra?

—No puedo asegurar nada todavía, aunque lo intentaré. De todas formas, creo que John podrá ser sometido a tratamiento.

Circe respiró, muy aliviada.

—Me gustaría que viviese —confesó. De pronto, exclamó—: ¡Pero dentro de tres días usted podrá ser retado a duelo por cualquier radenoriano a quien se le antoje una pelea!

—Sí —contestó Hennis.

—¿Y no teme al desafío?

—No.

—¿Lo aceptará?

—Si ocurre, sí, porque contaré con dos ventajas para ganar.

—¿Cuáles son, Mervyn?

—Una, la elección de armas. Es privilegio del retado.

—¿Y la otra?

—Por ahora, me la callo —sonrió Hennis—. Ah, me imagino que querrá acompañarme a visitar al doctor Paggex cuando vuelva a la capital.

—Si no le importa…

—Iremos juntos. A propósito, ¿qué noticias tiene de John?

—El diagnóstico de Eudovia se cumple inexorablemente. La velocidad de explosión de las células es constante y aumenta gradualmente, con la regularidad propia de los atacados por el virus de Kerkhaw —respondió Circe en tono sombrío.

CAPÍTULO X

Por el momento, Hennis no tenía nada que hacer. Visitó dos veces más a Voiva y recorrió algunos lugares pintorescos de la ciudad.

Presenció varios duelos. Muchos de ellos tenían efecto en plena vía pública. La gente, a veces, no hacía ya caso de las peleas.

La víspera del día en que iba a volver el doctor Paggex, cuando represaba al hotel, se tropezó con un sujeto. El hombre le pidió perdón con voz sin inflexiones. Hennis se fijó en su cara; le pareció que estaba drogado.

Entró en el hotel. El conserje le informó que Circe había ido al astropuerto. Decidió aguardarla en el bar.

Desde allí divisaba el vestíbulo de acceso al hotel. De repente vio entrar una extraña procesión.

Eran cuatro hombres. Dos llevaban la cabeza vendada, había también un par de brazos en cabestrillo y uno de éstos, además, se apoyaba en un bastón para caminar.

A Hennis le hizo una gracia enorme la aparición del cuarteto. Parecía una escena de historieta cómica.

De pronto, uno de los recién llegados le vio. Caminando con ciertas dificultades, Gary Kesron se acercó a él.

—Ya estamos aquí, Mervyn —dijo hoscamente.

—Bien venidos a Radenor, terrestres —saludó Hennis—. Pero me extraña que os alojéis aquí. ¿Por qué no vais al hospital?

—Estuvimos a punto de irnos al infierno —masculló Kesron.

—Cosa que no hubiera sido de lamentar. Pero ¿cómo

escapasteis?

—Pudimos utilizar uno de los botes salvavidas. Nos jugaste una mala pasada, Mervyn.

—¿Te quejas? Tú querías volarme en pedazos, de modo que si supe anticiparme a ti, no tienes motivos para lamentarte.

—Soy mal enemigo, Mervyn —advirtió Kesron.

Hennis se acarició el medallón.

—A partir de las doce de la noche seré ciudadano de Radenor —contestó—. Ten cuidado con lo que haces, Gary.

Kesron enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Sencillamente una cosa: la ley os aplastaría si intentaseis causarme el menor daño. Sois extranjeros, ¿entiendes?

—Lo tendré en cuenta. Gracias por la advertencia. Y ahora, ¿puedo hacerte una pregunta?

—El servicio de información del capitán Hennis está enteramente a tu disposición —respondió el joven con ironía.

—Tú no llevabas torpedos en la nave. ¿Qué demonios de trampa pusiste en mi órbita?

—Una bomba con espoleta velocimétrica, que alguien quiso colocar en mi aparato. Calculé el momento de explosión de acuerdo con las velocidades respectivas. ¿Os hizo mucho daño?

Kesron lanzó un bufido.

—Estuvimos cinco minutos en el interior de una coctelera manejada por un barman demente —masculló—. Imagínate las volteretas que dimos. Lo raro es que aún estemos con vida.

—Justo castigo a vuestra vida de crimen y disipación —contestó Hennis en tono sarcástico.

—¡Vete al diablo! —bufó Kesron—. Hemos venido a buscar una cosa y la conseguiremos. Es todo lo que tengo que decirte.

—Temo que os vais a llevar un gran chasco, pero no quiero decirte más, Gary. Ya lo averiguarás por tu cuenta.

Kesron le dirigió una mirada llena de furia, pero ya no dijo nada. Giró sobre sus talones y se reunió con el resto de la cuadrilla.

Circe entró en aquel momento. Hennis la vio y agitó una mano.

La joven se acercó a la barra.

—¿Estamos en un hospital? —preguntó de buen humor.

—Casi —sonrió él—. Son Schyara y sus secuaces. La explosión

hizo bailar su nave en el espacio durante cinco minutos. Como no se lo esperaban, no estaban sujetos con los cinturones de seguridad.

—Comprendo. No debió de ser divertido, Mervyn.

—Tuvieron suerte. La explosión se produjo demasiado lejos. Por eso están vivos.

—Y dispuestos a crearnos problemas.

—Eso es algo inevitable —admitió él—. ¿Qué tal sigue John?

—Lo mismo —respondió Circe tristemente.

Hennis le puso una mano en el hombro.

—Mañana hablaremos con el doctor Paggex —prometió.

* * *

A las nueve de la mañana, hora local, Hennis llamó a la puerta de la habitación ocupada por Circe.

La joven apareció de inmediato, vestida de un modo discreto y que contrastaba grandemente con la ligereza indumentaria que era característica común en las mujeres de Radenor. Circe se sorprendió muchísimo al ver el equipo de Hennis.

—¡Pero, Mervyn! ¿Qué hace ahí, con dos revólveres a la cintura, como un vaquero de película del siglo XX? —dijo, atónita.

Hennis sonrió.

—Puesto que, presumiblemente, seré retado, quiero elegir las armas —contestó—. Y aquí, en Radenor, no hay pistolas terrestres.

—¿Cree posible ganar en un duelo a revólver?

—Si llegase a celebrarse, por supuesto.

—¿Cómo que si llega a celebrarse? Si le retan, tendrá que aceptar el duelo.

—Eso ya lo sé, pero impondré mis condiciones. ¿Vamos?

Momentos después, estaban en el vestíbulo. El conserje les informó que ya tenían el gravimóvil aguardando en el exterior.

—Antes de una hora, estaremos delante del doctor Paggex —aseguró él.

Salieron a la calle. Un hombre tropezó violentamente con Hennis.

—Mire por dónde va —barbotó el radenoriano.

—Perdón —dijo Hennis.

—Me ha ofendido. Le desafío a un duelo a muerte. Circe lanzó

un gemido de espanto. Hennis no se inmutó.

—Amigo —se dirigió al desconocido—, si tiene ganas de pelea, dígalo. Pero no mienta. Ha sido usted el que ha tropezado conmigo y tengo un testigo de ello.

—Lo mismo da —contestó el radenoriano, encogiéndose de hombros—. Repito que le desafío a duelo a muerte.

—¿En la arena del hotel?

—¿Por qué no? Juhr de Juhria no ha tenido miedo jamás a un combate mortal —dijo el radenoriano con altanería—. Por si no lo sabe, le diré que he sostenido ya seis duelos y aún no he pasado por la máquina de resucitar.

—Toda una marca —manifestó Hennis sin perder la sonrisa.

—Pero el duelo carecería de aliciente sin un premio para el vencedor —añadió Juhr.

Hennis arqueó las cejas.

—¿Premio? —repitió.

Juhr de Juhria tendió la mano hacia Circe.

—Si gano, esa hermosa mujer será mía —dijo.

Circe enrojeció de indignación.

—Pero ¿qué se habrá creído ese…?

—Es la ley —dijo Hennis—. Las mujeres no pueden pelear en duelo, ni ser retadas, pero sí ser premio para el vencedor, cuando uno de los dos contendientes así lo indica.

—Yo… yo nunca había oído nada semejante…

Hennis sonrió.

—Ya le dije que podían existir ciertos motivos para un duelo —recordó—. El tropezón no fue sino el pretexto para desafiarme.

—Pero yo puedo negarme…

—Está en Radenor y no se puede quebrantar la ley. Mire, Circe, las personas no se rigen aquí por las mismas normas que en la Tierra. Su idiosincrasia, en algunos aspectos, es radicalmente distinta, y hemos de tenerlo en cuenta. Pero no tema, no quedará como prenda de victoria para el ganador del duelo, porque lo ganaré yo.

—Hablas mucho —refunfuñó Juhr—. ¿Cuándo empezamos?

Hennis se volvió hacia el nativo y sonrió otra vez.

—Un momento, por favor —pidió—. Nadie debe tener prisa por la derrota, creo yo. —Se volvió hacia Circe—. Recuerde que le dije

que contaba con dos ventajas.

—Sí, una de ellas la elección de armas. ¿Y la otra? Una sonrisa sibilina apareció en los labios de Hennis.

—Dentro de unos minutos lo sabrá —contestó.

Entre los clientes del hotel se había extendido la noticia de que se iba a celebrar un duelo y muchos corrieron a los palcos de la sala de combates. Hennis eligió un buen lugar de observación para Circe, que se sentía llena de temores, y luego pasó a la arena, en unión de su retador.

Circe se mordió los labios. ¿Había perdido Hennis el juicio? ¿Cómo se le ocurría aceptar un duelo en semejantes circunstancias?

Había un gran griterío en la sala. Ya se cruzaban las primeras apuestas.

Juhr estaba en pie, sonriente, seguro de sí mismo, con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de un descomunal espadón que pendía de su cinto. Hennis se situó frente a él y alzó las manos para imponer silencio.

—Por favor, damas y caballeros.

Las voces cesaron rápidamente. Hennis fijó los ojos en su adversario y dijo:

—Quiero que todo el mundo conozca las condiciones de nuestro duelo. Las aceptas de antemano, por supuesto, ¿no es verdad, Juhr de Juhria?

—Están aceptadas ya —contestó el otro fanfarroneando.

—Bien, entonces lucharemos con mis revólveres. Cada uno tiene seis tiros. Nos situaremos espalda con espalda, empuñando un revólver cada uno, y avanzaremos siete pasos. Al séptimo paso, daremos media vuelta y quedaremos frente a frente. Haremos un disparo y daremos un paso, otro disparo y otro paso, y así sucesivamente, hasta que uno de los dos caiga. Si el que cae no está muerto aún, el otro tendrá derecho a hacerle el disparo final. ¿Entendido?

—Entendido y aceptado —dijo Juhr con orgullo—. Dame uno de esos revólveres…

—Espera, hombre —rogó Hennis con buen humor—. Todavía no he acabado de exponer mis condiciones. Falta una y la diré en alta voz, para que todos los presentes sean testigos. ¿Estamos?

—Sí.

Había una gran expectación en los palcos. No se oía el menor sonido, ni una voz, ni siquiera un leve carraspeo. Decenas de pares de ojos estaban clavados en Hennis.

—La última condición es que el perdedor debe morir definitivamente —anunció Hennis por fin.

—¿Eh? —respingó Juhr.

—Sí. Los dos nos comprometemos, desde ahora, a no ir a la máquina de resucitar, caso de perder. Si un duelo es a muerte, debe ser a muerte y no una comedia. ¿Qué me dices, Juhr?

El radenoriano se había puesto pálido.

Hennis sonreía.

Alguien lanzó una risita en la tribuna. Hennis sacó las dos pistolas.

—¿Has perdido el habla, Juhr? —preguntó.

Avanzó un paso hacia él. De súbito, Juhr, lanzando un aullido de pavor, giró sobre sus talones y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Los espectadores estallaron en risas. Sonaron vítores y aplausos para Hennis, quien correspondió agitando la mano en señal de saludo.

Luego, sus ojos buscaron a Circe. La joven sonreía también.

CAPÍTULO XI

—Es usted infernalmente astuto —calificó Circe, minutos más tarde, una vez se hubieron reunido de nuevo.

—Digamos mejor que conozco la psicología humana.

—La de los hombres de Radenor.

—O de la Tierra, tanto da. Igual hubiera sucedido con un terrestre.

—¿Lo cree así?

—Por supuesto. Mire, sostener un duelo a muerte, teniendo la seguridad de que se va a vivir de nuevo, si se pierde, es fácil. Pueden doler las heridas, pero es una cosa breve. Ahora bien, el asunto cambia cuando a uno le dicen que si muere, no habrá viaje a la máquina. Destruya usted la máquina de resucitar y acabará con los duelos en cuatro días.

—Entiendo —dijo Circe, admirada.

—Naturalmente, mi misión en Radenor no es destruir esa máquina, sino conseguir una igual o, por lo menos, los planos. Pero de esto nos hablará el doctor Paggex dentro de poco.

De pronto. Circe se echó a reír.

—Resultó terriblemente cómico —dijo—. Juhr corría como un desesperado.

—Perdió el orgullo, pero, quizá, perdió algo más tangible.

—¿Qué, Mervyn?

—Algún buen saco lleno de dinero, Circe.

Ella se asombró.

—¿Qué trata de decirme, Mervyn?

—No lo sé, acaso es sólo una mera sospecha sin fundamento, pero el tropezón de Juhr me pareció deliberado.

—¿Insinúa que alguien le pagó para desafiarle a duelo?

—Es muy probable, Circe.

—¿Schyara?

—¿Quién otro, si no? Está en Radenor y con las mismas intenciones que nosotros. Usted ya sabe que quiere eliminar la competencia. El duelo hubiera sido un medio fácil, porque, aun dándome por perdedor, habría estado algún tiempo fuera de la circulación, mientras me sometían a tratamiento en la máquina de resucitar.

Circe se mordió los labios.

—Esa pandilla me preocupa —dijo.

—Usted no debe sentirse intranquila; es a mí a quien buscan —contestó Hennis.

El gravimóvil de alquiler que habían tomado en la puerta del hotel volaba ya sobre las afueras de Radenia, la capital del planeta. A los pocos minutos, el conductor anunció:

—Aquel edificio que se ve a lo lejos es el Centro de Retorno a la Vida —anunció.

—Muy interesante —dijo Hennis.

—¿Van ustedes a ver a algún conocido allí? —preguntó el conductor.

—Sí, tengo un amigo…

—Un parásito —dijo el radenoriano de repente.

—¿Cómo? —se asombró Circe.

—Sí, todos los que están ahí son parásitos. Los que se tratan y los científicos que trabajan en esa cueva de ladrones.

—Pero ¿qué está diciendo, hombre? —protestó Hennis—. La máquina de resucitar es el mayor invento de los siglos…

—Es un invento para unos pocos con dinero, que se aburren sin saber qué hacer. Pocos tipos corrientes verá usted ir a la máquina de resucitar, porque, en primer lugar, tienen que trabajar y, en segundo, no pueden permitirse el lujo de pagar las elevadísimas facturas que le cobran a uno por resucitar.

Hennis se sentía estupefacto.

Era la primera vez que oía hablar así a un radenoriano.

—¿Cómo se llama usted, amigo? —preguntó.

—Puede llamarme Term —respondió el piloto—. Pero temo que la gente está engañada con nosotros, los radenorianos.

—Yo soy también radenoriano —dijo Hennis.

—Sí, pero de adopción y no de nacimiento. Oiga usted —añadió Term—, si se hiciese una votación, el noventa y nueve por ciento se decidiría por destruir esa maldita máquina.

—¿Qué me dice de los progresos de la ciencia? —preguntó Circe.

—¿Para qué sirven los progresos de la ciencia cuando se aplican a la diversión de unos cuantos potentados? Mire, señora, destruya usted esa máquina y en dos días se habrán acabado los duelos a muerte. A las gentes sencillas de Radenor no les gusta la fama que tiene el planeta. Se creen que todos nos pasamos el día atizándonos sablazos unos a otros y eso no es cierto.

—Un punto de vista totalmente inédito —comentó Hennis.

—Así es —confirmó Term—. Las gentes de otros planetas no vienen a Radenor, porque les disgusta el salvajismo de unos cuantos, y, generalizando, creen que todos somos salvajes. Las cosas cambiarían si se destruyese esa maldita máquina.

—Bien, pero ¿qué dice el gobierno a todo esto?

Term se encogió de hombros.

—Bueno, no se preocupa en absoluto de lo que pasa —respondió—. A fin de cuentas, la máquina es del gobierno…

—¿Del gobierno o del pueblo? —inquirió Circe agudamente.

—Ya lo dije antes —contestó Term—. En un plebiscito, los votos serían para la destrucción de la máquina. Y el que tenga ganas de pelearse, que se arriesgue a morir de veras. Bueno, ya estamos llegando.

El gravimóvil se posó en tierra, frente a la explanada de acceso al edificio. Hennis sonrió, mientras dejaba en la mano del piloto una buena propina.

—Ha sido un placer, amigo Term —dijo.

—¿Les aguardo? —consultó el nativo.

—Creo que puede esperar —dijo Circe.

—Bien, no se hable más. Aquí me tendrán a su salida.

* * *

El doctor Paggex era un sujeto alto, de porte distinguido y cabellos casi blancos, que no tardó mucho en recibir a sus visitantes.

—De modo que viene de parte de mi mentirosa hermana —dijo en tono jovial.

—Así es, doctor —contestó Hennis.

—¿Conocía usted a Voiva, capitán?

Hennis carraspeó ligeramente.

—Nos conocimos en un viaje que hice años atrás —explicó—. Voiva es una muchacha encantadora.

—Ya —sonrió Paggex—. Y bien, ¿cuál es el motivo de su visita?

—La señora DeSoto quiere someter a su esposo al tratamiento en la máquina, doctor —manifestó Hennis.

—¿Ha muerto, señora? —preguntó el doctor.

—No, está muy grave —respondió Circe.

—¿Enfermo?

—Sí, doctor.

—El virus de Kerkhaw —añadió Hennis.

Paggex arqueó las cejas.

—Mal asunto —calificó.

—Por eso quiero traerle a este centro médico —declaró Circe—. Cuando… cuando llegue el momento definitivo, ustedes lo someterán a tratamiento y…

Paggex juntó las yemas de los dedos.

—Mi querida señora DeSoto —dijo—, ¿quiere usted oír toda la verdad sobre la máquina de resucitar?

—Se lo ruego, doctor —contestó ella.

—Bien, en primer lugar, debe saber que el problema no está resuelto todavía satisfactoriamente. Sí, es cierto que todo cadáver que llega aquí, antes de que haya pasado un tiempo prudencial después de su fallecimiento y siempre que se le hayan hecho los tratamientos específicos, puede ser vuelto a la vida. Todos reviven, es cierto, pero…

Circe adelantó el busto con expresión ansiosa.

—Pero ¿qué, doctor?

—En muchos casos, los que reviven no son de nuevo personas, sino seres humanos de existencia mecánica. Como robots de carne y hueso.

—«Zombies», se dice en la Tierra —intervino Hennis—. Así se llama a los no muertos, según cierta leyenda.

—La definición es muy acertada —concordó Paggex—. No muertos, no vivos… aunque es preciso reconocer que muchos, sin embargo, vuelven a la vida de un modo absolutamente normal. Pero el procedimiento no es completamente seguro. No se puede garantizar el estado normal posterior de una persona sometida al proceso de resurrección, y los motivos de que no ocurra así es algo que aún no hemos conseguido averiguar.

—De todas formas, es muy distinto venir aquí, después de un duelo a muerte, que por una enfermedad incurable —alegó Circe.

—Es que, en tal caso, yo me veré obligado a rechazar su solicitud, señora —manifestó Paggex.

—¿Por qué? —se extrañó la joven—. Si es por dinero…

El doctor Paggex explicó las razones de su negativa.

Circe se desmayó.

—¡Pobrecilla! —dijo Hennis, mientras la atendía—. Ha sido un golpe muy duro para ella.

—Tenía que decírselo —alegó Paggex.

—Eso es cierto y no crea que no apruebo su actitud. —Hennis movió la cabeza—. La verdad, no sé cómo no se me había ocurrido a mí antes.

—La vida humana tiene un límite claramente señalado —dijo Paggex en tono sentencioso—. Y cuando ese límite se alcanza, no hay máquina capaz de alargarlo.

* * *

Circe lloraba en el camino de regreso.

—¡Pobre John! —repetía una y otra vez.

—¿Se lo dirá usted? —preguntó Hennis.

Circe vaciló.

—¿Qué me aconseja, Mervyn? —consultó.

—Es difícil —respondió él—. Se trata de una decisión que habrá de tomar usted misma.

Circe miró a través de la ventanilla del vehículo.

—Había venido tan ilusionada a Radenor… —murmuró—. Pero la respuesta del doctor Paggex es enteramente lógica.

—Por lo visto, han fracasado —dijo Term por encima del hombro.

—Sí —admitió Hennis.

—Lo siento de veras. Ustedes me habían caído simpáticos.

—Gracias, Term.

—Pero si están sanos, ¿para qué querían ir a la máquina de resucitar?

—El esposo de la señora DeSoto está afectado de una enfermedad incurable.

—¿Incurable? ¿Qué enfermedad?

—El virus de Kerkhaw. Quizás usted haya oído hablar de él, Term.

El nativo se volvió en su asiento.

—¿Quién ha dicho que esa enfermedad es incurable? —exclamó, atónito.

CAPÍTULO XII

Circe se paseaba nerviosísima por su habitación. Hennis, sentado en una butaca, fumaba apaciblemente.

—¿Será verdad lo que dijo Term? —habló ella de modo maquinal.

—No tenía motivos para engañarnos, digo yo —contestó Hennis.

—Pero todo el mundo asegura que la enfermedad de Kerkhaw…

—Circe, estamos en una parte de la Galaxia donde se pueden producir los más insólitos sucesos sin que debamos extrañarnos por ello. ¿No le dijo el propio Term que él mismo había contraído esa enfermedad y que logró sanar?

—Sí, pero ¿cómo no llegó la noticia a la Academia de Medicina de Rigel? Que se ignore en la Tierra, donde apenas se dan casos, es lógico, pero en Rigel…

—Bueno, usted se puede imaginar, la sabiduría popular, a veces, no es tan falta de fundamento como podamos suponer. El caso es que Term tuvo esa enfermedad, curó y ha prometido curar a John. Por cierto ¿ha hablado con la doctora Eudovia?

—No, todavía no —contestó ella—. Prefiero esperar el regreso de Term.

—Entonces, ármese de paciencia. Dijo que tardaría veinticuatro horas.

Hennis aplastó el cigarrillo contra un cenicero y se puso en pie.

—Y puesto que, por ahora, no puedo hacer nada, si usted no tiene inconveniente, iré a dar una vuelta por ahí —añadió.

Circe le llamó cuando ya había puesto la mano en el picaporte.

—Mervyn.

—Dígame, Circe.

—Se trata del viejo… ¿Qué le dirá usted cuando vuelva a la Tierra? Hennis sonrió.

—La verdad. ¿Qué otra cosa podría decirle? —contestó.

—Se llevará un disgusto.

—Eso supongo. —Hennis se encogió de hombros—. Pero debe atenerse a su destino, como cada cual.

—¿Se marcha armado? —observó Circe, extrañada.

—Bueno, estamos en Radenor y conviene ser precavido. Hasta mañana, Circe.

—Hasta mañana, Mervyn.

Dos horas más tarde, Voiva Paggex le preguntó por el resultado de la entrevista con su hermano.

—¿Habéis acordado algo, Mervyn?

Hennis le relató la conversación. Ella meneó la cabeza.

—Lo siento. Es algo que no se me había ocurrido a mí —dijo.

—A ninguno de nosotros, hermosa.

—¿Qué dice la señora DeSoto?

—Ahora que sabe que su esposo va a sanar, está mucho mejor.

—Sí, me lo imagino. ¿Qué te parece la cena, Mervyn?

Hennis sonrió.

—Yo no hubiera sido capaz de profetizar que fueses tan buena cocinera —contestó.

—Oh, es sencillo. Sólo he tenido que calentar unas cuantas latas y…

Se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello, mirándole intensamente.

—Me gustan los terrestres —confesó.

—¿De veras?

Hubo un prolongado momento de silencio. De pronto, Hennis creyó oír un ruido sospechoso.

Estaban sentados en un diván. Sin soltar a Voiva, Hennis alargó la mano hacia uno de sus revólveres que había dejado allí después de su llegada.

—No te muevas, Voiva —susurró—. Creo que alguien quiere entrar en la casa.

Ella se estremeció. Hennis la apretó contra sí con más fuerza.

El rincón en que se hallaban estaba a oscuras. Al otro lado de la sala, lucía una lámpara, que proporcionaba una grata penumbra.

Las cortinas del ventanal se movieron. Hennis levantó el revólver y disparó seis tiros rapidísimamente.

Los estampidos atronaron el espacio. Voiva chilló.

Una cosa se movió tras las cortinas. Hennis recogió la otra pistola y aguardó, expectante.

Alguien roncó de pronto. Dos manos se agarraron a las cortinas y las arrancaron. Un cuerpo humano rodó al interior de la estancia.

Hennis abandonó a Voiva y corrió hacia el caído. Le dio la vuelta con el pie y miró su cara.

Era Portius Kragnor.

En su mano, sujeta por los dedos crispados, había una pistola atómica.

De pronto, Hennis oyó ruido en el exterior.

—¡Apaga esa luz, rápido! —pidió.

Voiva corrió hacia la lámpara y la luz se extinguió. Hennis se asomó al ventanal.

Un hombre escapaba a la carrera, a través del jardín. La distancia era ya excesiva para alcanzarle y, además, apenas entrevisto, se esfumó en las tinieblas.

—La puedes encender, Voiva —indicó.

Ella dio la luz. Hennis contempló unos momentos el ensangrentado cadáver de Portius.

—Yo lo arreglaré con la policía, Mervyn —dijo Voiva.

—Gracias —contestó Hennis—, pero antes… Se acercó al videófono y marcó un número.

La imagen de Schyara apareció a poco en la pantalla. El hombre pareció sorprenderse. Sin embargo, se rehízo con prontitud.

—Hola, capitán —saludó—. ¿Puedo servirle en algo?

—Ciertamente, señor Schyara. Ponga atención, por favor.

Hennis levantó el aparato con ambas manos y situó su objetivo de modo que pudiera captar la imagen del cadáver de Portius.

—¿Lo ve bien, señor Schyara?

Hubo un momento de silencio. Hennis dejó el videófono de nuevo sobre la mesa.

Schyara aparecía sumamente alterado.

—Todavía estoy vivo —dijo Hennis—. Y voy a darle un consejo.

Apártese de mi camino. Apártense todos o los aplastaré como si fuesen unos vulgares insectos.

Pegó un papirotazo al conmutador y cerró el contacto.

—Siento haberte dado este espectáculo, nena —se dirigió a la hermosa nativa.

Voiva sonrió.

—No te preocupes —respondió—. Lo importante es que estés con vida todavía.

Term apareció al día siguiente acompañado de una mujer de unos treinta y cinco años físicos, aunque debía de contar alrededor del medio siglo efectivo.

Era un tipo extraño. Alta, muy delgada, de enormes ojos, con una mirada penetrante, que parecía taladrar las frentes; sin embargo, tenía un extraño atractivo, más que por su belleza en sí, por su expresión, que a veces parecía un tanto ausente.

—Ésta es Wiarovia —presentó.

—¿Qué tal, Wiarovia? —saludó Hennis.

Circe se comportó con cierta reticencia y saludó a la mujer con una fría inclinación de cabeza. «Una bruja», pensó.

—Te equivocas —dijo Wiarovia—. No soy ninguna bruja.

Circe respingó.

—¿Adivinas el pensamiento? —preguntó, atónita.

—Los malos pensamientos hacia mí, sí. Los demás no me preocupan… aunque, a decir verdad, tampoco me preocupa tu forma de pensar. Yo soy yo y no temo nada de nada ni de nadie.

—Ella está alterada estos días —intervino Hennis—. Te ruego la disculpes, Wiarovia.

—Pero no cree que yo pueda curar a su esposo.

—Bueno, se trata de una dolencia mortal… —dijo Circe.

Wiarovia señaló a Term.

—¿No tienes aquí un ejemplo de mis poderes curativos? —indicó.

—Me gustaría ser franca contigo, Wiarovia; por eso te diré que no sé si Term padeció o no el virus de Kerkhaw.

Los negros ojos de Wiarovia centellearon.

—Term, será mejor que nos vayamos…

—¡Un momento! —exclamó Hennis—. Circe, por favor, sea prudente. Yo no sé qué clase de medicina va a emplear Wiarovia

con su esposo, pero, cuando todas las demás posibilidades están agotadas, vale la pena intentar cualquier procedimiento, por estrambótico que pueda parecer. Y disculpa si te ofendo, Wiarovia.

—Tú no me ofendes —respondió la mujer en tono tranquilo—. Me ofende ella con su incredulidad.

—Te ruego me perdones —dijo Circe—, pero, en efecto, soy incrédula. Y lo seré hasta que vea curado a mi esposo.

—¿Qué medicina piensas emplear, Wiarovia? —preguntó Hennis.

La mujer señaló su frente.

—Esto —contestó—. Mi mente.

—¿Su mente…? —Circe contuvo a tiempo una exclamación inconveniente—. ¿Crees que la sugestión pueda curarle?

—Es algo más que sugestión —dijo Wiarovia—. Mis poderes mentales destruirán, simplemente, las células enfermas.

Circe abrió la boca.

—¿Cómo puede ser posible tal cosa? —exclamó.

—Soy la decimotercera hija de una decimotercera hija, que, a su vez, fue la hija número trece de su familia —respondió Wiarovia impasible. De repente se echó a reír—: Pero esto no es más que una broma, aunque sea cierto. Lo digo, a veces, para divertirme un poco con mis clientes.

—Oye, Wiarovia, la enfermedad de John DeSoto no es ninguna broma —dijo Hennis.

—Lo sé, y mis poderes curativos tampoco son cosa de broma.

—Me gustaría creerte, insisto.

Wiarovia miró a Circe, autora de las últimas palabras. De pronto, exclamó:

—En el brazo derecho, cerca del codo, tienes un lunar de unos tres milímetros de diámetro —dijo.

—Sí —confirmó Circe, admirada—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo veo a través de la manga de tu vestido. Circe se levantó la manga. El lunar se veía con toda claridad.

—Es una simple alteración cromática de las células epiteliales —dijo Wiarovia—. Voy a quitártelo.

Wiarovia entrecerró los ojos. Su pecho se dilató con fuerza.

Pasaron algunos segundos. El lunar perdió coloración y acabó por desaparecer.

—¿No será hipnosis colectiva? —dijo Hennis, admirado por lo que acababa de presenciar.

—Ese lunar no reaparecerá jamás —aseguró Wiarovia.

—Hace lo mismo con las células enfermas del virus de Kerkhaw —aseguró Term—. Repito que yo estuve a punto de morir y ella me curó.

—Pero ¿de dónde te vienen esos poderes? —preguntó Circe, estupefacta.

—No lo sé a ciencia cierta —respondió Wiarovia—. Tal vez soy un caso de atavismo. Uno de mis antepasados nació en Sbandelar X, donde todos sus habitantes usan el cerebro para comunicarse entre sí. Todos son telépatas e, incluso, tienen la facultad de teleportarse adonde les plazca. Prácticamente, no necesitan nada para vivir; son casi espíritus… pero siempre surge algún descontento.

—Tu antepasado —dijo Hennis.

—Sí. Es una raza viejísima o no habrían llegado a semejante estado de perfección mental. Mi antepasado quiso vivir una vida normal y emigró. Se casó aquí…

—Y tuvo tres hijos —sonrió Circe.

—Dieciocho —puntualizó Wiarovia—. Pero todos sus descendientes fueron normales, menos yo.

—Teóricamente, es atavismo, aunque sea un progreso en tu condición humana —dijo Hennis—. Pero si eres capaz de destruir los virus de Kerkhaw…

—Lo soy —aseguró Wiarovia una vez más—. Y pienso demostrarlo, curando al esposo de esta hermosa joven. Pero…

—Pero… ¿qué? —dijo Circe, anhelante.

—No trabajo gratis.

—Hombre, eso se supone —dijo Hennis—. ¿Cuánto?

Wiarovia citó una cifra elevadísima.

Circe se lamentó.

—Demasiado dinero para mí. Mi capital no alcanza…

Hennis extendió una mano.

—El bisabuelo de John me concedió un crédito ilimitado, no se preocupe —dijo—. Pero Wiarovia, ¿por qué cobras tan caro?

La mujer sonrió.

—La mayor parte de lo que me pagues irá a parar al fondo que estamos reuniendo para nuestra revolución —dijo.

—¿Qué revolución? —se extrañó Hennis.

—Destruir la máquina de resucitar —contestó Term, muy decidido

CAPÍTULO XIII

Viajarían al astropuerto en el gravimóvil de Term. Hennis sospechaba que el piloto era algo más que un simple conductor de gravimóviles, pero no quería interferir en los asuntos internos de Radenor.

Él tenía una misión definida. Comprendía a Term y sentía simpatía por sus ideas, pero su ciudadanía radenoriana era más bien teórica. En cuanto a lo que Term y Wiarovia hicieran después con el dinero, no era ya de su incumbencia.

Antes de salir, Circe manifestó un deseo.

—Quiero hablar con la doctora Eudovia —dijo—. Voy a anunciarle que llegaremos allí dentro de unos minutos para curar a John.

—Me parece muy bien —aprobó Hennis.

Circe pidió comunicación con el astropuerto a través de la central del hotel. Momentos después, el rostro de Eudovia aparecía en la pantalla.

—¿Cómo está John, doctora? —preguntó Circe.

—Lo mismo… es decir, cada vez más decaído. ¿Han hablado con el doctor Paggex?

—Sí, pero fue una visita inútil. Ya le explicaré, Eudovia; llegaremos ahí dentro de poco. Pese a todo, tenemos buenas noticias.

—Lo celebro mucho, señora DeSoto.

—John se curará —dijo Hennis, asomando la cabeza.

—¿Cómo? —exclamó Eudovia—. Perdón —dijo de repente—,

creo que viene alguien; debe de ser algún empleado del astropuerto… Regreso en seguida…

Eudovia se alejó.

Repentinamente, sonó un agudo grito de terror. A través del videófono se oyeron pasos precipitados.

La imagen mostró a Eudovia desplomándose al suelo, con agudas convulsiones. La joven rigeliana se agitó un poco y luego quedó inmóvil.

Circe gritó, asustada. Hennis lanzó una maldición.

Una figura humana cruzó delante de la pantalla, aunque no pudieron verle la cara. Sin embargo, por su volumen corporal, Hennis creyó reconocer al gigantesco Xeryll.

—Hay que avisar al astropuerto —gritó Hennis—. Algo está pasando en mi nave…

Echó a correr hacia la salida y descendió como un rayo hacia la conserjería. Pero la línea con el astropuerto estaba bloqueada.

Circe llegó junto a él, seguida de Wiarovia y Term. La joven estaba llena de angustia.

—Vamos allá, Term —decidió Hennis.

Term saltó a su puesto. Los demás entraron inmediatamente en el vehículo, que se elevó de inmediato.

El piloto aceleró al máximo. Minutos más tarde, tomaba tierra junto a la astronave de Hennis.

Corrieron hacia el aparato. Hennis iba en cabeza.

El cadáver de Eudovia continuaba en el mismo sitio. Term se arrodilló junto a la muerta.

—Una descarga neurónica —diagnosticó.

El sistema nervioso había sido destruido en cuestión de segundos. Había sido una muerte horrible, pensó Circe.

Hennis corrió hacia la cámara de John. Circe quiso entrar, pero él se lo impidió.

—No pase, no mire —dijo—. Wiarovia, atiéndela.

—Sí, Mervyn —contestó la mujer.

Hennis entró y cubrió con una sábana la cabeza y los hombros de John DeSoto. Luego salió.

Circe, llorosa, le miró inquisitivamente.

—Con John emplearon un procedimiento menos refinado —dijo —. Simplemente, murió estrangulado.

Circe lanzó un grito. Hubiera caído al suelo, de no haber sido por los delgados pero fuertes brazos de Wiarovia.

* * *

—Necesito pedirte un favor, Voiva —dijo Hennis.

—Todo lo que quieras —respondió la hermosa radenoriana.

—Tú tienes influencias. Empléalas para impedir el despegue de una astronave terrestre. Su comandante es el capitán Kragnor.

—Lo haré, Mervyn; pero dime, ¿qué ha pasado?

—Se han cometido dos asesinatos. No hay pruebas contra Kesron o sus compinches, pero estoy seguro de que fueron ellos,

—¿Lo denunciarás a la policía de Radenia?

—No. Éste es un asunto que solucionaré yo personalmente. ¿Puedo hacerlo, no?

—Eres súbdito radenoriano —le recordó ella.

—Existiendo agravio justificado, puedo tomarme la justicia por mi mano.

—Sí, pero si fracasas, no podrás recurrir ya a la ley.

—No fracasaré —aseguró Hennis ceñudamente—. Voiva, haz lo que te he dicho. No quiero que esos pillos puedan escapar.

—De acuerdo, Mervyn. Suerte —se despidió Voiva. Hennis cerró la comunicación. Term estaba a su lado.

—¿Necesita ayuda, capitán?

—Éste es un asunto que debo resolver yo solo —insistió el terrestre—. De todas formas, gracias.

Meditó un momento. Luego pidió comunicación con el hotel.

—Deseo hablar con el señor Schyara —dijo.

—Está ausente —le informaron—. Ha salido y no sabemos cuándo regresará.

—Perfectamente. Cuando regrese, díganle que no se moleste en ir al astropuerto. Su astronave ha sido anclada judicialmente —anticipó la decisión legal—. Usted sabe lo que significa eso, ¿no?

—Sí, señor. El señor Schyara deberá continuar en Radenor hasta que la ley lo permita abandonar el planeta.

—Exactamente. No se olvide de darle mi mensaje.

—Así lo haré, capitán —contestó el encargado de la recepción.

Hennis cerró el contacto y se puso en pie.

—¿Cuál es su plan, capitán? —preguntó Term.

Una sonrisa se dibujó en los labios del terrestre.

—Al capitán Kesron le va a costar muy caro haberse unido a esos asesinos —dijo—. En cuanto a Schyara… aguardaré a que hayan pasado ocho días.

Term se extrañó de la última parte de la respuesta.

—¿Por qué, capitán? —preguntó.

—Lleva ya seis días en Radenor. Por tanto, le quedan ocho para adquirir la ciudadanía radenoriana. Por tanto, y aunque a usted no le guste, cuando haya pasado ese plazo, le desafiaré a un duelo a muerte.

Term sonrió.

—A veces, las costumbres de este maldito planeta resultan simpáticas —dijo.

* * *

Gary Kesron entró en su cuarto y encendió la luz. Dio unos pasos, pero, de pronto, se detuvo en seco.

Había un hombre sentado en un sillón. Kesron, pálido repentinamente, le miró con cierta inquietud en la expresión.

—Ho… hola, Mervyn —saludó.

—Hola, compadre de asesinos —dijo Hennis—. Quiero hablarte un poco.

Kesron soltó una risita.

—Me permitirás que tome una copa —dijo.

—Por supuesto, la estás necesitando —accedió Hennis.

El recién llegado se acercó a una mesita y llenó una copa.

—¿Qué tienes contra mí, Mervyn? —preguntó.

—Todo, Gary.

—Bueno, las cosas, a veces, vienen rodadas…

—Y se estrangula a un muchacho que no tenía culpa de nada.

—¡Yo no lo hice! —protestó Kesron—. No he tomado parte en ninguno de esos crímenes.

—Salvo que querías torpedearme…

—¿Disparé algún torpedo? No puedes juzgarme sólo por las intenciones, Mervyn.

—Gary, cuando una nave se sitúa en la estela de otra, las

intenciones se adivinan fácilmente —respondió Hennis, impasible —. Pero, como sea, no puedes alegar ignorancia. Te has aliado con Schyara y deberás atenerte a las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? ¿Vas a matarme?

—Si todo hubiera salido bien, Schyara te habría pagado una enorme suma de dinero, ¿no es cierto?

Kesron se encogió de hombros.

—No es asunto que te interese —respondió en tono desabrido.

—Quizá no, quizá me interesa más saber por qué Xeryll tuvo que asesinar a John DeSoto.

Hubo un largo silencio. Kesron vació su copa de un trago.

—No sé nada de ese asunto —contestó.

—¿De veras? Gary, eres un mentiroso.

—Bueno, provócame si quieres. Tengo paciencia, Mervyn.

—Es probable, pero aún no me has contestado. Dime, ¿por qué asesinaron a DeSoto?

—Yo no he tomado parte en el crimen, repito.

—Gary, a otro perro con ese hueso. Desde el primer momento, te has unido a Schyara en cuerpo y alma. Pero quizás ignores algo de notable importancia.

—¿Sí, Mervyn?

—Eres ya ciudadano de Radenor…

—No irás a desafiarme a un duelo a muerte, ¿verdad? ¿Qué motivos alegarías para ello?

—Quizá siento antipatía hacia ti… o no me gusta tu nariz torcida… ¡Se pueden alegar tantas cosas! Pero no temas, no te desafiaré a duelo.

—Yo también sabría defenderme, en el peor de los casos.

—Te creo, Gary. Sin embargo, lo que debes saber es que he presentado demanda de justicia propia.

Kesron enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—Simplemente, que, como ciudadano de Radenor, puedo tomarme la justicia por mi mano. Ahora bien, si fracaso, he perdido el derecho de acudir a la ley.

—Ah, no lo sabía —murmuró Kesron.

—Ignoras muchas cosas de tu planeta de adopción —sonrió Hennis.

—Bien, ¿y qué quieres decirme con eso, Mervyn?

—Sencillamente, que te considero cómplice de la muerte de John DeSoto y de Eudovia, la rigeliana, y que, por tanto, tengo pleno derecho a matarte.

Kesron palideció. Impasible, Hennis agregó:

—Pero no haré uso de ese derecho si me declaras los motivos por los cuales fue asesinado John.

De nuevo se produjo otro silencio. Luego, Kesron dijo:

—Necesito beber.

Y se volvió para llenar la copa.

Pero no lo hizo. Un segundo después, giró en redondo, empuñando una pistola neurónica.

Cuando levantaba la mano, vio brotar llamas y humo frente a él. Sintió varios golpes en el pecho y empezó a caer. Sabía que se moría y chilló de rabia.

CAPÍTULO XIV

Circe miró inquieta al hombre que acababa de entrar en su habitación.

—No hay rastro de Schyara ni de su esbirro —dijo.

—Se han escondido muy bien —musitó ella.

—Sí, pero los encontraré.

—¿Qué piensa hacer, Mervyn? Yo creí que partiríamos en seguida hacia la Tierra.

—No puedo abandonar Radenor. Encontraré a Schyara.

—Radenor es muy grande —alegó Circe.

—Y Term Gjunis tiene miles de amigos.

Circe abrió la boca.

—Espera que le informen de su paradero —dijo.

—Sí. Lo harán. Y entonces yo confirmaré mis sospechas acerca de los verdaderos motivos de la muerte de John DeSoto.

—¿Cuáles son? —preguntó Circe, ansiosamente.

—Aguarde a que pueda decirlo con seguridad.

Mientras tanto, no quiero divulgar especulaciones que pueden resultar erróneas.

—Si no hay otro remedio…

—No, no lo hay, Circe.

Ella se levantó y caminó hacia la ventana, desde la cual, y por hallarse situada en un punto muy elevado, se divisaba un singular panorama de la ciudad.

—Mervyn, a veces me pregunto…

—¿Sí, Circe?

—¿Hubiera podido Wiarovia curar a John?

—Indiscutiblemente, Circe.

—¿Cómo puede asegurar una cosa semejante? Ella no es médico siquiera.

—Eudovia lo era y lo único que consiguió fue prolongar un poco la vida de John. Mírese su brazo derecho, Circe.

Ella obedeció.

—No hay rastro del lunar —dijo.

—Ni reaparecerá jamás. La mente de Wiarovia, poderosísima, subdividiéndose tal vez en miles de millones de partes diminutas, hubiese penetrado hasta lo más recóndito del cuerpo de John, destruyendo las células enfermas y barriendo hasta el último virus, tal como he hecho con su lunar. Y cada fragmento de la mente de Wiarovia habría tenido el mismo poder que el total de su mente.

—Entonces… es un ser maravilloso.

—Descendiente de una raza viejísima. Tal vez el ser humano, terrestre, llegue a alcanzar el nivel de Wiarovia dentro de un par de millones de años. La civilización terrestre empezó hace un millón de años, cuando el primer hombre articuló la primera palabra en lugar de emitir un gruñido animal. Culminará cuando llegue a un estadio similar al de los habitantes de Sbandelar X.

—Están las guerras —dudó ella.

—También las hubo en Sbandelar y supieron desterrarlas. ¿Por qué, en la Tierra, hemos de ser distintos? Nuestra figura corporal es análoga; pensamos, tal vez, de distinta manera, porque procedemos de mundos distintos, pero tenemos un origen común.

—El futuro, pues, se presenta prometedor para la Humanidad —suspiró Circe.

—Sí, aunque nosotros, naturalmente, no lo veremos. Pero hemos de conformarnos con nuestro propio futuro.

—Por ahora, nada agradable.

—Es sólo una circunstancia pasajera —sonrió Hennis—. Ahora hay nubes en su panorama; luego se disiparán y aparecerá el sol cálido y radiante.

Circe fue a decir algo, pero le interrumpió el sonido del videófono.

—Espere —dijo Hennis, deteniendo el gesto de la joven—; yo atenderé la llamada.

Era Term.

—Tengo noticias —anunció.

—¿Buenas? —preguntó Hennis.

—Sí. Acuda inmediatamente al «Wiwi». Le espero en la puerta.

—De acuerdo, Term.

Hennis cerró la comunicación. Circe había oído el breve diálogo y dijo:

—Yo iré con usted, Mervyn.

—No hay objeción —respondió Hennis.

* * *

Term estaba en el lugar indicado, en una postura indiferente, apoyado en la pared. Al ver llegar a la pareja, se enderezó, con la sonrisa en los labios.

—Está ahí dentro —señaló.

—Bien, eso es cosa mía.

—¿Va a entrar, Mervyn? —preguntó Circe.

—¡Claro!

—Yo también…

Term extendió un brazo.

—Déjelo, señora —cortó el gesto de Circe.

—Puede necesitar ayuda.

—Aunque así sea. Éste asunto lo ha de resolver él solo. Ni yo mismo le ayudaría, aunque le viese en peligro de morir.

—¿Cree que puede…?

Term lanzó una mirada al interior del local.

—Es un sujeto enorme, pero me siento muy contento de no hallarme en su pellejo —contestó.

Xeryll estaba sentado en un rincón discreto, saboreando el contenido de una jarra, con cerveza radenoriana. De pronto, vio ante él la figura de un hombre.

Levantó la cabeza. Un fuerte estremecimiento recorrió en el acto su enorme corpachón.

—¿Te asustas de verme? —sonrió Hennis, sentándose frente al esbirro.

—Usted no asustaría ni a un chiquillo de pocos años —contestó Xeryll despectivamente.

—Es posible. Soy muy amante de los niños; por eso no los asusto. ¿A quién esperas, Xeryll?

—Eso no le importa…

—¿Tal vez a algún complaciente capitán de astronave que os saque subrepticiamente de Radenor, ya que no podéis usar la vuestra, por hallarse sujeta a anclaje judicial?

Xeryll apretó los labios.

—No tengo nada más que decir —gruñó.

—Te equivocas —siguió Hennis, impasible—. Tienes muchas cosas que decir, por el orden que prefieras. El escondite de Schyara y los motivos de la muerte de John DeSoto, por ejemplo. Quizá si hablas a mi gusto, olvidaré que lo estrangulaste.

—¿Y si prefiero callar?

—Te mataré.

Xeryll sonrió despectivamente.

—Olvida la ley de Radenor —alegó—. También me protege a mí.

—Es cierto —admitió Hennis sin pestañear—. Te protege y te proporcionará abogado para el juicio que se te seguirá por asesinato, sin declaración previa de duelo a muerte.

El esbirro palideció.

—Y esa misma ley —siguió Hennis impasible—, también te protege caso de que consigas matarme. Apelé a una declaración de justicia propia y me ha sido concedida. Si pierdo, la ley de Radenor no te considerará culpable. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Es que va a matarme? —dijo Xeryll.

—Si no hablas…

Hubo un momento de silencio. Xeryll dudaba.

De pronto, Hennis advirtió una chispa extraña en los ojos del gigante.

Xeryll apoyó sus manos en el borde de la mesa y empujó para arrojarla sobre su interlocutor, pero Hennis estaba prevenido y contraatacó con no menor fuerza, empujando al esbirro contra la pared.

Xeryll se puso en pie de un salto. La gente se agitó en la taberna.

Hennis dio un paso hacia atrás y levantó una mano.

—¡Quietos todos! —gritó—. ¡Es un caso de justicia propia!

Nadie se movió ya. A partir de aquel momento, los espectadores

sabían que Hennis podía matar a un criminal, pero si era muerto por éste, la reclamación legal quedaría cancelada.

Xeryll sudaba. Hennis extendió la mano hacia él.

—Aún tienes tiempo —dijo—. Sólo tienes que decir una cosa y cancelaré la reclamación contra ti.

De súbito, Xeryll saltó hacia él, empuñando un cuchillo de dimensiones pavorosas, que había sacado de entre sus ropajes. Hennis aguardó a pie firme y, en el último momento, se echó a un lado, pero dejando extendido el pie derecho.

Xeryll cayó. Su mano se dobló.

El acero penetró en su pecho hasta la empuñadura. Un centímetro de la punta asomaba por la espalda.

Un horrible gruñido se escapó de los labios del asesino. Su cuerpo se convulsionó horriblemente.

Hennis se arrodilló a su lado. A través de la puerta, Circe contemplaba la escena, como sumida en una pesadilla.

Vio que Hennis hablaba con el caído, aunque no pudo oír nada. Al cabo de unos segundos, la cabeza de Xeryll se apoyó en su pecho.

Hennis se puso en pie. Luego fue hacia el mostrador y dejó unas monedas.

—Por los gastos que se le ocasionen —dijo.

El dueño del local sonrió.

—Váyase tranquilo, amigo —contestó.

Hennis dio media vuelta y salió a la calle. Circe y Term le miraron expectantemente.

—Term, te voy a dar una dirección —habló Hennis por fin—. Avisa inmediatamente a todos tus amigos para que bloqueen el escondite de Schyara.

—Sí, Mervyn.

Unos segundos más tarde, Term corría hacia su gravimóvil y emitía un mensaje a través de la emisora propia de videofonía. Hennis fijó la vista en Circe.

—Usted regresará al hotel —dispuso.

—¿No… no puedo acompañarle, Mervyn?

—No, Circe. Ella se resignó.

—Supongo que debo desearle suerte —dijo.

Hennis sonrió débilmente.

—La necesitaré —contestó.

El pecho de la joven se agitó tempestuosamente.

—Vine a Radenor sólo por John —manifestó—. Espero que sea la última vez.

—Quizá las condiciones de vida de Radenor cambien dentro de poco —contestó él—. En todo caso, es una decisión suya, Circe. Espéreme en el hotel; creo, de todos modos, que hoy mismo podremos emprender el regreso a la Tierra.

* * *

Mark Schyara miró a través de la ventana de aquella casa solitaria, perdida en los campos a muchos kilómetros de Radenia. Se preguntó cuándo volvería Xeryll.

Había fracasado. Ya sólo le importaba conservar la vida.

Y regresar a la Tierra. Después de las noticias que había adquirido sobre la máquina de resucitar, el asunto ya no tenía tanta importancia.

De pronto, divisó un gravimóvil a lo lejos. Xeryll volvía ya, seguramente con la noticia de que había conseguido una astronave.

El aparato se acercó. Otro apareció de repente, llegando de una dirección distinta.

Schyara empezó a preocuparse. Más gravimóviles surgían de muchos puntos diferentes. ¿Por qué tantos?, se preguntó, repentinamente preocupado.

Los vehículos empezaron a tomar tierra en las inmediaciones del edificio. Schyara se dio cuenta de que estaba totalmente rodeado.

Con paso tembloroso, se asomó a la puerta. Los gravimóviles no parecían tener fin.

Sus ocupantes descendían y quedaban frente a él, mudos, sin hacer el menor gesto ofensivo. Pero Schyara sentía cada vez más miedo.

Minutos más tarde, aterrizó el último gravimóvil. Dos hombres descendieron.

Uno de ellos era Hennis. El otro llevaba en las manos un brazado de armas de todas clases.

—Hola, Schyara —saludó Hennis.

El sujeto se acarició maquinalmente la garganta.

—¿Có… cómo ha sabido mi escondite? —preguntó.

—Xeryll me lo dijo, antes de morir. Schyara palideció terriblemente.

—¡Usted lo ha matado! —acusó.

—Sí, pero le di la oportunidad de vivir. Él la rechazó. Sentía hacia usted una lealtad que no se merece.

—Y ahora… quiere matarme a mí.

—Eso depende de usted, Schyara.

—¿Dinero? —dijo el sujeto ávidamente.

—No.

—¿Entonces?

—¿Por qué murió John DeSoto?

Schyara inspiró con fuerza.

—Ah, sólo es eso —dijo.

—Hay más cosas, entre ellas, los atentados de que yo he sido objeto… y también está la muerte de Eudovia, de Rigel. ¿Por qué no descarga su conciencia?

—¿Me dejará ir, si hablo?

—Le concederé la oportunidad de un duelo a muerte, con opción a pasar por la máquina de resucitar. Así tendrá ocasión de experimentar personalmente qué es morir y revivir otra vez.

—¿Y si no accedo?

—El duelo se celebrará igual, pero no lo llevaremos a la máquina de resucitar. En cualquiera de los dos casos, le dejo la elección de armas.

Schyara contempló el brazado de espadas, sables y alfanjes que sostenía el impasible Term. De nuevo volvió a sudar.

—Hablaré —dijo.

Hennis escuchó en silencio. Al cabo de unos minutos, extendió la mano hacia Term.

—Elija, Schyara —indicó.

Schyara vaciló un momento. Luego se acercó a Term.

Examinó las armas. Al fin, empuñó una espada, de larga y afilada hoja.

Estuvo así un momento. De súbito, sin previo aviso, se tiró a fondo.

Hennis se dejó caer de espaldas al suelo. El acero silbó por encima de él.

Schyara trastabilló, buscando recobrar el equilibrio. Sonaron

gritos de cólera.

—¡Mervyn! —gritó Term.

El terrestre alargó la mano hacia la espada que ya volaba por los aires hacia él. Su mano se cerró en torno a la empuñadura.

Schyara cargaba de nuevo. Hennis paró dos furiosas estocadas.

Luego se tiró a fondo.

Schyara dejó caer su espada y agarró con ambas manos la que tenía hundida en el pecho hasta la empuñadura. Vaciló unos momentos y luego dobló las rodillas. Hundió la frente en el suelo y acabó por rodar de costado.

Term le miró. El radenoriano sonría.

—Como le prometiste, lo llevaremos a la máquina de resucitar —dijo.

Hennis se encogió de hombros.

Luego, en silencio, giró sobre sus talones.

—Term, quiero emprender hoy mismo el regreso a la Tierra —declaró.

—Desde luego, Mervyn.

* * *

Los ojos de William DeSoto contemplaron con admiración a su visitante.

—Has vuelto, Mervyn —dijo.

—Sí, señor —contestó Hennis.

—¿Victorioso? —preguntó el anciano con avidez.

—Según se mire.

—Veo ahí unos rollos de papeles... ¿Son los planos de la máquina?

—Sí. —Hennis los lanzó sobre la mesa—. Me los dio el doctor Paggex, de Radenor. Pero a usted no le servirán de nada.

DeSoto lanzó un chillido de furor.

—¡Estás loco, Mervyn! —le apostrofó.

—No, señor. Yo le hubiera dicho las cosas de otro modo, pero usted hizo asesinar a su biznieto. Fue un crimen repugnante.

DeSoto pareció conturbarse un momento.

—Conque lo has averiguado —murmuró.

—Sí. Schyara y sus esbirros actuaban por orden suya, señor

DeSoto, aunque tenían las intenciones de conseguir la máquina de resucitar en provecho propio. Usted odiaba hasta la idea de ver a uno de sus descendientes casado con Circe Wolff.

—¡Ella era una ramera!

—El origen no importa ahora, señor DeSoto. Para John fue una mujer fiel y abnegada.

—Iba a curarlo. No podía permitírselo. Y ella tenía que morir también…

—El honor de la familia, ¿no? —dijo Hennis, burlón—. John era un magnífico muchacho. Él sí hubiera dado lustre al apellido, cuando se hubiese curado.

—Su enfermedad no tenía cura.

—La tenía, pero eso es algo que no discutiré ahora. En cambio, usted tiene que conocer toda la verdad sobre esa máquina.

—Funciona, ¿verdad? Eso es lo que importa; los planos están ahí…

—Pero aunque usted haga construir una idéntica a la que hay en Radenor, no le servirá para nada.

—¿Por qué? —se asombró DeSoto.

—Porque es una máquina de resucitar y no de rejuvenecer.

Hubo una larga pausa de silencio. Los ojos de DeSoto contemplaban melancólicamente el rollo de papeles.

—De modo que es eso —dijo al cabo.

—Sí, señor. Usted morirá de muerte natural y eso es algo que no soluciona la máquina, como tampoco hubiera resucitado a John ni a cualquiera que haya de morir de una dolencia corporal cualquiera. Esa máquina resucitaba a los que morían de un modo inesperado o violento, pero ni siquiera volvería a la vida al que muriese de un ataque cardíaco, porque su hora habría sonado ya. Y no todos resucitan normalmente, sino que muchos vuelven, literalmente, como seres humanos desprovistos de alma.

—No rejuvenece, sólo resucita —dijo DeSoto con voz opaca.

—Y usted está llegando ya al final de su existencia.

El anciano inspiró con fuerza. Luego encendió un fósforo y lo arrimó a los planos.

Hennis le dejó hacer. Cuando los papeles hubieron convertido en cenizas, dijo:

—Pero, a pesar de todo, la máquina será muy útil para la

ciencia.

—Ya no la construirán aquí, en la Tierra.

—Se equivoca. Tengo un duplicado de los planos. La Fundación John DeSoto se encargará de construir esa máquina.

—Astuto, diabólico capitán Hennis —dijo DeSoto.

—Adiós, señor —fue todo lo que contestó el joven.

* * *

Circe estaba despachando a una cliente. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza.

Su corazón palpitó con violencia, mientras enrojecía fuertemente.

—Hola, Mervyn —saludó.

—¿Cómo estás, Circe?

—Bien…

—Tienes trabajo, supongo.

—No me faltan clientes.

Hennis sonrió.

—Es una lástima que no vendas ropas para caballero —dijo.

—No se me había ocurrido. Hace mucho tiempo que no sabía nada de ti. ¿Dónde has estado?

—Yo también tenía trabajo. He hecho un par de viajes con buenas ganancias.

—Te felicito, Mervyn.

—Gracias, Circe. ¿Tienes algún compromiso para esta noche?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría invitarte a cenar. ¿Aceptas?

—Sí, Mervyn —respondió ella sin titubear.

—Durante la cena podremos hablar de nuestro futuro, si te parece —sugirió Hennis.

—No hay inconveniente —aceptó Circe.

Los dos se miraron sonriendo. Las nubes oscuras habían desaparecido del hermoso semblante de la joven.

—Ah, tengo que darte una noticia —dijo él.

—¿Sí, Mervyn?

—DeSoto murió la semana pasada. Ella guardó silencio unos momentos.

—No sé qué decir… ¿Cómo pudo llevar el odio hasta tales extremos? —murmuró al cabo.

—La mente humana es inescrutable —respondió Hennis sentenciosamente—. Pero no hablemos más de él, Circe. Por cierto, ¿quién te impuso el nombre de aquella bruja que convertía en cerdos a los hombres?

Ella rió suavemente.

—Mi madre era muy aficionada a la mitología —contestó.

—De todas formas, es un nombre que me gusta —declaró él.

—Me alegro, Mervyn.

Una clienta entró en la tienda.

—Vendré a buscarte —se despidió Hennis.

—Estaré aguardándote, Mervyn —respondió la joven con sencillez.

Hennis salió a la calle.

Levantó la vista al cielo. «Máquina de resucitar… ¿Para qué?», pensó.

Vivir honestamente era lo que interesaba. Y cuando le llegase la hora, no buscaría prolongar su vida por medios artificiales.

Le bastaría con tener a Circe a su lado en aquellos momentos… pero ahora iba a tenerla junto a sí mucho antes. Para vivir ambos un futuro común.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.